

LA GENTE
CASI SIEMPRE

ANDRÉS BURGOS

COLECCIÓN
ANTORCHA
Y DAGA



ÍNDICE

Happy birthday Lali: el analista tenía razón	7
Erick está contento	17
Cruce de calles	27
Canto a la tarde de Coqui	29
Hoy es noche de cacería	39
El cuadro del abuelo	53
Juicios preliminares	65
La agenda del día	75
El mundo está lleno de Carlas (Un juego de calle)	85
Documental para un muchacho bueno	99

LA GENTE CASI SIEMPRE

Primera Edición: Mayo de 2000

© Andrés Burgos

© Fondo Editorial Universidad EAFIT

ISBN: 958-9041-54-x

Ilustración de carátula:

Fotografía de Camilo Restrepo y Cristina Castagna

Dirección editorial

Leticia Bernal V.

Diseño y diagramación:

Rafael García Z.

Editado en Medellín,

Colombia, Sur América.

HAPPY BIRTHDAY LALI: EL ANALISTA TENÍA RAZÓN

Sonó el timbre y creyó que eran los primeros invitados, eso le disparó la ansiedad y se tomó una pastilla de las de color rosa. El trago de agua que la siguió se transformó, durante dos segundos, en un nudo en la garganta antes de continuar su camino. Seguro que ya todos habían ido a ocupar sus puestos, se los había repetido varias veces y esperaba que les hubiera quedado claro. Alguien abriría la puerta y se encargaría de dirigir a la niñera de turno a la parte de atrás de la casa, donde debería reunirse con el resto de la servidumbre y esperar el final de la fiesta. El personal de la cocina serviría el helado y el cake cuando se diera la indicación. Después se retirarían. Éste no era el tipo de fiesta que ella estaba acostumbrada a dominar pasando de un corrillo a otro, riendo y llamando a todo el mundo por su nombre. Así que la niñera de Lalita debía permanecer a su lado, dándole una breve reseña de cada uno de los niños que iban llegando. Pero una vez hubiera arribado el último, desaparecería. Estaba dispuesta a encargarse personalmente de la fiesta de su hija.

El analista tenía razón, debería pasar más tiempo con la niña. Esto las beneficiaría a las dos.

—A esa edad es necesario que se refuerce la imagen de la madre como un apoyo afectivo. Todavía

estamos a tiempo de detener la indiferencia creciente que muestra Lali hacia sus seres queridos.

Debería pasar más tiempo con la niña, el problema era que no encontraba la forma adecuada. Resultaba fácil responder las primeras preguntas que hacía, sin embargo no podía mantener la concentración más de diez minutos. Y cuando intentaba que su mente no comenzara a divagar, le dolía la cabeza y era imprescindible acudir a las cápsulas azules. De los juegos mejor ni hablar. Si la cuestión era ponerle nombres a los cientos de muñecas –barbies que no igualaban el glamour del arquetipo materno que tenían al frente– y entablar comunicación, el tono le salía tan forzado que Lali la miraba con escepticismo. Además siempre confundía el nombre de la preferida de su hija, y esto las enfadaba a ambas. El único recurso que tenía a su favor era hacerle cosquillas hasta que la pequeña se retorciera de la risa pidiéndole que parara. Pero últimamente, debido a uno de esos retortijones, no había podido hacerlo. El timbre no anunciaba a ningún niño.

—¿Cómo sigue ese dedo? –saludó Cata luego de dar un beso al aire, a dos centímetros de su mejilla-. Si eso te hace ahora, cuando sea mayorcita te va partir la nariz de una patada.

Se encogió de hombros y miró con cierta resignación su índice entablillado. A Cata no la convenía mucho el discurso sobre la recuperación de la calidez en las fiestas infantiles, ni eso de promover la socialización entre los niños. Sin embargo, le daba curiosidad la nueva tarea en que se había embarcado su amiga y se había mostrado dispuesta a acompañarla. De todos modos no tenía nada planeado para esa tarde de sábado. Una vez más el ocio las unía. También tenían otras afinidades.

Quizá la más profunda eran las pastillas, sólo que Cata las hacía bajar con vodka y jugo de naranja y usaba únicamente las cápsulas azules. Desdeñaba las de color rosa.

—Funcionan, es verdad, pero me quitan temperatura entre las piernas.

Lali estaba preciosa, con ropa y accesorios nuevos de pies a cabeza. Paseaba entre serpentinas y globos de colores sin mostrar ninguna clase de expectativa. Intentó sentarse en las escaleras de mármol que daban al segundo piso, pero la advertencia de la niñera para que no se ensuciara, la hizo permanecer de pie.

—¿Papi va a venir? –preguntó a su mamá.

—No, mi amor –fue la respuesta nerviosa-. Está viajando, tiene mucho trabajo...

—¡Qué rico!

—¿Qué rico qué, linda? –quiso indagar Cata.

—¡Qué rico! –concluyó la niña de forma contundente.

—Tu nena me encanta. Llegará a ser una intrigante maravillosa.

Su marido había sido impermeable a la idea. Ella le había explicado lo que pretendía hacer, saltándose la parte del analista porque ya sabía su opinión al respecto, cuando él empacaba. Se iba una semana para un congreso.

—¿Y no te parece que son muchas complicaciones? Si hay gente especializada para eso, no veo por qué tienes que tomarte la molestia –dijo al doblar unos pantalones.

—No quiero que en su fiesta esté en manos de gente extraña.

—¿Esto combina? –alzó una corbata y una camisa.

—No mucho –él descartó la camisa y volvió a la carga.

—Si la cosa es así, ¿por qué no esperas a que yo vuelva? Total, ella ni cuenta se va a dar. A esa edad es igual una semana que otra.

—¿Me consideras incapaz de organizar la fiesta?

—No quise decir eso. Me preocupa que se corra el rumor de que no contratamos recreacionistas por tacañería o problemas económicos. Pero haz lo que quieras.

Y así se hizo. Ella misma iba a organizar la fiesta del cumpleaños número cinco de Lali. No llamaría al mago Fabrini, que cada año y cada fiesta hacía los mismos trucos e igual tenía aceptación entre los chiquillos. También ésta era la oportunidad ideal para deshacerse de la presencia de Tornillito, el payaso, que le encantaba a su marido pero que, según Cata, sentaba a los niños de manera sospechosa en sus rodillas. Además se trataba de algo sencillo. Les daría helado, cake y, luego de la sorpresa que tenía preparada, los mandaría un rato a jugar al jardín. Después cada uno para su casita. Lali quedaría feliz, ella quedaría feliz y todos quedarían felices.

—Para ser sincera —comentó Cata preparándose un trago—, yo hubiera simplificado aun más las cosas. Hubiera alquilado tantos juegos de video como niños vinieran. Esa es la forma adecuada de tenerlos quietecitos y callados la tarde entera. Hay que aprovechar las ventajas de la domesticación tecnológica.

Eulalia Martínezguerra Soto

Estoy cumpliendo 5 años y te invito a mi fiesta

Tendrá lugar en mi residencia de los cobos 138

Sábado 13 de mayo a las tres de la tarde



No estaba contenta del todo con la tarjeta de invitación. Tenía el presentimiento de que faltaba algo de contenido. Aun así, se quedó tal cual y fue enviada a los quince niños que conformaban el grupo de Lali en el jardín infantil.

La niñera le dictaba el nombre al oído y ella lo repetía en voz alta, poniendo con suavidad un sombrerito de cartón en la cabeza del niño a manera de saludo. El pequeño entregaba el regalo a Lali quien, a su vez, con gesto apático, lo entregaba a la niñera para que lo pusiera a un lado. Muy claramente le habían advertido a la niña que guardara los regalos para abrirlos más tarde. De ese modo no se le confundirían las tarjetas.

Hasta ahí todo había marchado a las mil maravillas. Pero la aparición de un niño en condiciones anormales la hizo necesitar con urgencia una cápsula azul. No era que se tratara de un pequeño en silla de ruedas, mongólico o algo así. Eso hubiera sido fácil de manejar con dosis de compasión, sonrisas y atención melosa. Esto era algo más... ¿cómo explicarlo?, una situación un tanto *irregular*, por decir algo.

Saludó con mano nerviosa a la mujer que acompañaba al chico. No se le había ocurrido pensar que alguno de los invitados aparecería con un familiar y no con la nanny. La señora era la mamá de Raimundo, al que le decían Toto. Era gorda, fea, llevaba un vestido de colores que no le iba para nada y los cientos de joyas de su cuello y muñecas le tintineaban al caminar.

Afortunadamente apareció Cata en su auxilio. Podía leerse el disfrute en los ojos.

—Buenas tardes, señora —dijo con exagerada cortesía.

—Buenas.

—Su vestido está precioso.

—Gracias, me costó muchísimo.

La recién llegada, que probablemente tenía la misma edad de las anfitrionas, se veía tremendamente vieja y disminuida ante la esbeltez y elegancia de ellas.

—¿Desea tomar algo? ¿Un martini? —tener a Cata al lado la animó a hacerse cargo de la situación.

—No, gracias, es que el trago me da agriera.

Lo que más le había llamado la atención fue el darse cuenta de que esta mujer era su vecina y que, pese a vivir enfrente, el chofer la había transportado. Un par de tipos de aspecto oscuro acompañaron el mercedes benz con un trote suave. Cata guió a la mujer hasta un sillón muy alejado y le dijo que esperara mientras ordenaba que le prepararan un jugo.

De tal palo tal astilla. Toto tendría a lo sumo cuatro años, era más bajo y gordo que el resto. También su piel tostada y labios gruesos lo diferenciaban de los demás. Caminaba como un guapo de bar, de lo cual Cata culpó a los zapatos de charol.

—Seguro se los escogió la mamá.

Lali dio un alarido de alegría al verlo entrar. Corrió a recibirlo y le faltó poco para llorar cuando la niñera no le dejó abrir el regalo al instante.

Happy birthday to you, happy birthday to you, happy birthday to you, happy birthday to you. Tres intentos y las velitas se apagaron. Bueno, todo iba resultando como lo esperaba. Los niños ya estaban comiendo el helado y su mejor amiga no había hecho ningún comentario sobre el mejor amigo de Lali, lo cual le agradeció infinitamente. Tenía entre los dedos una cápsula azul que le había dejado Cata con disimulo, camino al baño, después de poner una porción extralarge de pie de chocolate al alcance de la madre de Raimundito.

Era el momento ideal para ir un momento a su habitación, tragarse la píldora y preparar la sorpresa.

El asunto de la sorpresa para los pequeños invitados la llenaba de emoción. Estaba directamente relacionado con uno de los mejores momentos de su niñez. Ella y su niñera se habían tomado un cariño tal, que la anciana la consideraba como una hija. Por eso la invitación a la fiesta de uno de sus sobrinos, a pesar de lo fuera de lugar que la encontraron sus padres, no era descabellada del todo. La niña insistió. La mujer era una empleada de absoluta confianza. La niña lloró. Era pobre pero honrada. La niña amenazó con arrancarse el pelo. Estaba bien pero debía acompañarla el chofer, en un auto que no llamara mucho la atención, y velar por su seguridad.

Le habían fastidiado la estrechez del rancho, los muebles viejos, las pieles oscuras de la gente y su ropa démodé. Sin embargo, hubo algo que la llenó de un cierto placer. Quizá tenía que ver con el pollito. A cada uno de los niños invitados le dieron uno como sorpresa y recuerdo de la fiesta. La mota amarilla, tibia y piante entre sus manos le hizo sentir algo bastante cercano a la felicidad. Pero ese cierto placer iba más allá. Era algo potencial que se disolvía en su memoria.

“La casa no es para tener animales salvajes”, fue la opinión de su madre. Su padre había sido más diplomático y acabó convenciéndola, con múltiples sofismas, de que el pollo estaría mejor en una de las casas de campo. Así estaría libre y ella podría ir a visitarlo cuando quisiera. Al final, el paso del tiempo y el comienzo de la pubertad relegaron al olvido tanto al pollo como a la niñera.

A cada niño se le iba a dar un pollito. Además había otro ingrediente, una especie de gancho

atractivo para las nuevas generaciones. Un amigo, que era dueño de “Pets and Pets”, la tienda de mascotas más prestigiosa y cara de la ciudad, le había hecho llegar unos pollitos teñidos de colores. Los niños iban a jugar con mascotas azules y rosas en tonos pastel. El analista había apoyado la idea.

—El tener un ser al cual cuidar estimula en los pequeños el sentido de la responsabilidad.

Cuando acabó de repartir las cajitas, que no paraban de piar, y vio la cara de felicidad de los niños, enternecida sintió que una lágrima se le iba a desprender del ojo derecho. Miró a Cata, quien le hizo un gesto de “diste en el clavo”. Le dieron ganas de celebrar. Lali ya no jugaba aparte con Toto ni ignoraba a los otros niños. Los animalitos habían creado consenso en el grupo. Todos correteaban por ahí entre gritos y risotadas. Se sirvió una tajada delgada de ponqué. Estaba contenta y aún no había comido su segunda harina del día, así que podía permitirse ese capricho. Mañana aumentaría la intensidad de una serie de abdominales.

La fiesta transcurría como se había planeado hasta que un grito detuvo el tiempo. Una niña daba vueltas a sus trenzas rubias con un dedo babeado y no podía separar su vista lacrimosa del cadáver del pollito, al que había pisado accidentalmente un segundo antes. Cata se quedó paralizada, la copa tambaleó en su mano. La gorda del vestido de colores hacía un inmenso esfuerzo por sofocar la risa y, con la boca llena de helado de fresa, estuvo a punto de ahogarse. ¿Dónde estaba Lali? Un vacío parecía haberse abierto. El salón se llenó de un silencio apesadumbrado. Un niño, ¿cómo se llamaba?, intentaba limpiar la sangre del piso con una servilleta de Mickey Mouse.

Le pareció ver a Toto caminar en cámara lenta y quebrar el corrillo. Nadie supo qué hacer cuando el niño tomó de un extremo los intestinos del pollo y los levantó. Cata, hecha un mar de nervios, hurgó con torpeza en su bolso. Ojalá encontrara lo que estaba buscando, porque ella también iba a necesitar de eso. Un murmullo tomó fuerza. Dos gotas de aguasangre salpicaron un zapato de charol. La carcajada de Raimundito y el coro de aprobación de la algarabía general resquebrajaron lo que quedaba del reinado del mutismo. El pequeño jugaba con las tripas del ave y balanceaba un yoyo azul, arriba y abajo, ante la admiración del resto.

Sólo un torpedo rosa que atravesó los aires la distrajo de la observación del cuadro. Lali, en un ataque de celos frente al protagonismo de su amigo, como un ángel vengador había arrojado su pollo con la evidente intención de noquear a Toto. Su puntería no era buena y el proyectil fue a estrellarse contra una pared, junto a un Campoalegre original. Los otros chicos se tomaron deportivamente el reto y, animados por las posibilidades que presentaba el nuevo juego, se unieron a la guerra. La idea hubiera sido reaccionar, plantarse enérgica. Intentó llamar a los niños por sus nombres y no acertó ni siquiera con Lali. Una pelusa rosa agonizante aterrizó en su regazo y le robó el último aliento que le quedaba para hablar. Algunos de los guerreros lanzaban sus armas vivas y otros se tomaban la molestia de pisarlas antes. El suelo se tornó en una suerte de depósito de vasos desechables y sombreritos de cartón hechos añicos entre riachuelos de un líquido pardo y espeso. La mamá de Raimundo, presa de una risa convulsiva, recogía la artillería del suelo y la depositaba en las manos del combatiente más cercano, quien

de inmediato volvía a ponerla en vuelo. El grupo se dividió entre los que se atrincheraban para oficiar de francotiradores y los que preferían la lucha cuerpo a cuerpo.

Quiso pedirle ayuda a Cata, que siempre podía hacer algo. Pero la encontró de rodillas vomitando en una planta y supo que ya no podía contar con ella. ¡Por Dios! ¿Dónde se metían los empleados cuando realmente eran necesarios? En el fragor del combate se confundían los aullidos de los atacantes y los lamentos de los caídos. Se apartó del camino de un chiquillo que corría agitando una onda sanguinolenta y, en medio del caos y los horrores de la batalla, sintió ese algo muy parecido al placer, una cosquilla etérea. Un no sé qué potencial que apenas si se dejaba intuir. Fue entonces cuando aventuró que, en cierto sentido, el analista había tenido la razón.

ERICK ESTÁ CONTENTO

Una vez más estoy en camino a casa de Erick para cumplir el ritual que tanto hemos compartido desde que éramos niños. Siempre ha sido básicamente lo mismo. Con algunas variantes, claro está, por el crecimiento y el cambio de intereses. Pero lo esencial se repite mínimo una vez por año y no llega jamás a cansarnos. Vengo sin previo aviso, porque nuestra reunión no requiere una hora establecida. Cualquiera de los dos está autorizado para llamar a la puerta del otro durante el día o la noche y dar inicio a una sesión. En ese momento las otras cosas pasan a segundo plano: desaparece el trabajo al día siguiente, la pareja y sus recriminaciones se pueden ir al diablo y, en general, todo lo que sea ajeno a la tertulia que estamos a punto de empezar pierde importancia. No tenemos contacto con regularidad, porque estamos demasiado metidos en nuestros propios asuntos y el tiempo libre es poco. Nos buscamos cuando una fuerza visceral nos empuja, necesitamos vernos las caras y conversar largamente hasta confirmar que es el resto del mundo el que está equivocado y no nosotros.

Mientras subo las escaleras hacia su apartamento, repaso lo que traigo, pues olvidar algo sería considerado una afrenta inexcusable. Bajo el brazo tengo la botella de aguardiente y en los bolsillos varias cajetillas de cigarrillos nacionales, cosas a

las que sólo nos acercamos durante nuestras maratónicas conversaciones. La comida debe correr por cuenta del dueño de la casa.

Lo que llevó a que yo tomara esta vez la iniciativa fue un problema con mi compañera, una de esas pequeñas discusiones que se inician por un objeto mal colocado y van creciendo como una bola de nieve hasta alcanzar niveles de una agresividad extrema. La reunión anterior había sido propuesta por Erick y tenía algo que ver con una cuestión sexual entre él y Sandra. No lo recuerdo bien. Últimamente las motivaciones han estado siempre ligadas a nuestras parejas. En mi caso debido a que es la primera relación estable que tengo y además la única mujer con quien he compartido techo. Lo de él es diferente: una superproducción de testosterona, diría yo. Sin embargo, no hay que creer que nos juntamos como dos viejas chismosas a llorar y hacer un listado de las canalladas de las cuales somos víctimas. El proceso es bien distinto.

El móvil de los hechos apenas si se menciona como una introducción para pasar, de inmediato, a analizar el funcionamiento de las leyes universales, el comportamiento de los seres humanos y repetir una y otra vez las anécdotas de la adolescencia. Somos monotemáticos. Podemos repetir los mismos diálogos cada dos horas con igual interés. En una mesa se organiza lo que sea necesario, de tal manera que sólo tengamos que pararnos para ir al baño o cambiar la música, cuya selección y orden corren a cargo de Erick, quien es un conocedor indiscutible. Él sostiene que ésa es una cuestión de vital importancia y llega a enojarse mucho si las canciones se suceden de una forma que a él no le parece adecuada. “Una mierda, una mierda” masculla con furia contenida mientras se le dilata una vena

en el cuello. Yo no sé mucho de estos asuntos. Si no fuera por él, no conocería más que lo que ponen en la radio o en los bares a los que voy con cierta regularidad. Así que me limito a admirar su buen gusto. Claro que sin llegar a intuir siquiera ese “sentimiento” del que él tanto habla. Lo mío son los números.

La música está altísima, aun para ser escuchada desde este lado de la puerta. Ya he llamado cinco veces y nadie responde. La hora, tres de la tarde, descarta la posibilidad de una fiesta. Me empiezo a sentir un poco ridículo así parado. Insisto y sólo después de millones de minutos aparece de golpe la cara de Erick hinchada de euforia.

—¡Huuuuuaa! ¡Qué bueno que viniste, era lo que faltaba! —grita en falsete antes de besarme en la frente. Luego da media vuelta, salta sobre una mesa pequeña que carga una porcelana y cambia la música. Un apretón de manos hubiera sido suficiente.

Como si fuera una marcha triunfal para homenajear mi entrada, una de mis canciones favoritas irrumpe en un volumen que no ha parado de crecer. Nunca he podido resistir la tentación de tararearla, pero ahora con Erick dando vueltas a mi alrededor, moviendo una batuta imaginaria sobre su espalda encorvada en una suerte de danza ritual, me quedo petrificado.

¿Qué tendrá este hijo de puta? Lo normal hubiera sido que me recibiera con tranquilidad, observara la botella, comprendiera todo y se dispusiera a arreglar la mesa. Borracho no está, puedo asegurarlo. De tanto emborracharnos juntos ya me sé de memoria sus reacciones y movimientos. Su actitud ahora mismo es bastante audaz. No camina con esa combinación tan particular de prudencia y torpeza que tiene cuando se le suben los tragos.

Mientras él, con la boca redondeada y los cachetes inflados, hace el bombo en alguna sinfonía de quién sabe quién y dirige toda su atención a un helecho inmenso que domina un rincón, yo recorro la casa. Basta un vistazo rápido a las habitaciones para darse cuenta de que no hay nadie. Esta vez nos ahorramos el trabajo de deshacernos de Sandra, lo cual –en realidad– nunca ha sido difícil. Erick la conoce tan bien que sólo tiene que iniciar una discusión con alguna frase contundente y encaminarla en la dirección correcta. Es cuestión de cinco minutos para que ella esté saliendo seguida de un portazo. En esas ocasiones yo espero tranquilamente, lleno las jarras de agua y preparo los pasabocas. Si ella ha estado fuera y llega cuando ya hemos empezado a conversar, el sistema cambia. Se cansa de timbrar una y otra vez: aseguramos la puerta por dentro para que su llave no funcione. Nosotros tratamos de mantener la compostura e ignorarla. Sin embargo, no es fácil reprimir la carcajada cuando empieza a gritar.

—¡Abran, par de hijos de puta! ¡Ésta también es mi casa! ¿Por qué me dejan afuera? ¿Ah? ¡Maricones, eso es lo que son, se encierran a hacer sus maricaditas!

Siempre acaba controlándose porque ella es una relacionista pública muy importante y en este edificio viven personas influyentes.

“¿Dónde se supone que duerma yo?”, preguntó una vez. La llave de mi casa, deslizada bajo la puerta, dictó la solución salomónica. Sandra y mi compañera, aunque no son grandes amigas, han tenido que dormir juntas unas cuantas noches. Cierta colegaje de damnificadas termina uniéndolas. Sobra decir que cuando es Erick quien aparece en mis dominios, el exilio de mi mujer es menos

traumático. Ella, manejadora de un pragmatismo sin límites, luego de saludarlo, recibe las llaves sin hacer ningún comentario y se marcha con resignación estoica.

Sin excepción, doce horas después, cada cual vuelve a su hogar y la vida continúa como si nada.

Erick, que se ha pasado al jazz, amenaza con romper el orden esquizofrénico que su esposa y un decorador se empeñaron en imprimirle al lugar. Después de descalzarse y hacer de sus manos un clarinete, ha colgado un zapato en la lanza de un quijote de bronce y camina improvisando sobre los muebles de tela fina. Cierra las cortinas y, tras unos segundos de oscuridad, enciende una lámpara –quizás el objeto más caro de toda la casa– con una brusquedad digna de un bárbaro. Aunque la estabilidad vuelve enseguida y la quebrazón es poco probable, mis reflejos ya me han arrojado a montar guardia cerca de lo que pueda parecer en peligro. Erick, que me ha reconocido como irrupción en su campo visual, me habla al oído.

—Sara Vaughan, la vamp. Se me para con sólo oírla –tras él, una voz profunda e intensa canta algo así como “my funny Valentine...” Como ya dije, no soy un especialista y a mí me parece una mezcla entre presentadora de cabaret y vendedora de frutas en el Caribe.

En tanto busco las palabras adecuadas para articular una respuesta, él ha perdido el interés en mí y dirige de nuevo su atención a la lámpara. Empuja las palabras con precipitud y se lleva la mano al mentón con la pose de quien está muy concentrado apreciando una obra de arte en un museo.

—Es que esta luz es demasiado dura –tuerce la boca y ladea un poco la cabeza–, como que lo

muestra todo, no deja espacio para el misterio, digo, o sea, lo muestra todo. ¿No?

—¿Quieres que haga algo para cambiarla? —no sé para qué respondo y me recrimino por seguirle la corriente. Él gira hacia mí con velocidad y una sonrisa le amontona las pecas que tiene sobre la nariz. Sus ojos grises de niño y la cara imberbe, que a menudo niega sus treinta y seis años, resplandecen. Parece muy contento. No. Más bien luce feliz.

—¡Ya! ¡Sí! Por ese lado está la clave — Él lo ve más claro, yo más confuso y una guitarra punk saca a patadas a la mujer que cuando canta se lo hace parar a Erick. No es que me guste lo que escucho, pero me agrada poder entender las palabras que usa el cantante y al reproducir entre labios la frase “god save the queen” siento que el curso de inglés para ejecutivos fue una buena inversión.

—Sid Vicious, un bonito cadáver —hace una muy larga pausa—. Pero no te preocupes, ya vendrán más cantantes negras. Te prometo a la Fitzgerald, a la Simone y, of course, a Billy...

“God save the queen”. Es difícil concentrarse en la pronunciación observando a Erick casi arrancarse la camisa. La pone sobre la lámpara con tal delicadeza que no parece la misma persona que la encendió. La luz filtrada tiñe sus costillas de verde cuando trota de espaldas hacia el equipo de sonido y, sin mirar, oprime un botón.

—¡Azuuucaaaaa!! —No sé quién grita más fuerte entre Celia Cruz y Erick. El caso es que ya se me está acabando la paciencia. La jornada se echó a perder hace rato y no existe ni una mínima señal de mejoría.

Apenas me doy cuenta de que durante todo este tiempo no he soltado el paquete que traía, lo tiro al

sofá y me dejo caer a su lado. Este chico me desconcierta. Está bailando abrazado a una pareja imaginaria pero sus movimientos no corresponden a la Salsa. En vez de marcar líneas y ángulos definidos en el aire con la oscilación de su cuerpo, mueve el culo en esos suaves como si estuviera entregado a una danza oriental exótica o algo así. Eso no va para nada con su cuerpo esbelto y proporcionado. Él es un gran bailarín, no comprendo por qué lo hace. ¿Qué le pasa? Afortunadamente, cuando me ve encender un cigarrillo se detiene y viene hacia mí, se lleva uno a la boca y apretando los labios lo levanta para que le dé fuego. Después se retira hacia el otro lado del salón y se queda absorto mirando el humo.

Aprovecho su quietud para dejar de vigilarlo y buscar la explicación a este espectáculo. Cuando le pregunto a gritos me dice algo, pero el volumen de la música no me deja escucharlo y el ritmo de sus labios me convence de que no está diciendo nada lógico. Así que me olvido del asunto. No creo que haya fumado marihuana, pues cuando solíamos hacerlo siempre se quedaba dormido muy pronto y esta vez parece que tiene energía para rato. El caso es que estoy algo frustrado. No vine a jugar a las adivinanzas para tratar de averiguar qué se metió este idiota en el cuerpo.

La respuesta está en una bolsa de plástico oculta tras un cenicero. En su interior, casi convertidos en una masa informe de color violeta oscuro, hay algunos hongos. De manera que de eso se trata. Los Rolling Stones cantan un blues y yo pienso en que este hijo de puta no me esperó. Siempre quisimos comer hongos, pero aún no lo habíamos hecho. Cuando uno va creciendo, las oportunidades de perder el control escasean más y más. Desde

que alguien nos contó que la primera vez que los comió había visto a Dios y que la segunda un horrible lagarto de 78 millones de años le había lamido pacientemente el oído izquierdo durante 78 millones de horas, nos propusimos darnos un banquete. Pero juntos, para apoyarnos mutuamente e impedir la deserción. Como la primera vez que fuimos a un puteadero. No uno primero y el otro después. Juntos. Tenía que haberme avisado. Traidor de mierda.

Tanta rabia me da el descubrimiento que, al separar la vista de las setas, me doy cuenta de que ha pasado un lapso muy largo. Los Doors están a punto de llegar al chan—chán final de una canción y un vallenato se aproxima con fuerza incontenible. Entonces concentro toda mi atención en odiar a Erick y atravesarlo con la mirada para saber si está viendo a Dios. Y parece que sí, porque su ojo derecho apunta a un lugar no muy claro en las manchas de un cuadro que hay a mis espaldas; no tengo ni idea dónde está el izquierdo. Un acordeón caliente y una garganta se pelean el protagonismo.

El teléfono lleva mucho rato timbrando, pero sólo hasta ahora soy consciente de ello. Es el único sonido que se ha mantenido intacto en este lugar durante los últimos minutos, sobre todo desde que a Erick le dio por saltar —control remoto en mano— entre diferentes canciones. La voz al otro lado de la línea está ahogada por los sollozos, se corta cada que termina una palabra. Un tambor enloquecido me entra por un oído y los gritos de la persona que llama retumban en el otro. No podría definir si el pitazo que me aturde viene de acá o de allá. Para evitar mayor confusión, cierro los ojos. Así la cabeza de mi amigo, que se sacude con espasmos de violencia, no se suma a los ruidos. Le pido a quien

está al teléfono que pare de llorar, que no le entiendo. Hay un corto silencio... en la bocina, quiero decir, porque en el salón en que me encuentro James Brown da alaridos diciendo que se siente bien. Hago que el mensaje sea repetido. Al principio porque aún no se entiende y luego porque no lo puedo creer.

—Sí... sí, yo le doy la noticia —respondo, sin saber cómo lo haré.

El llanto al lado de allá se reanuda y yo estoy a punto de seguirlo. Erick se ha quitado el pantalón, entrelaza sus brazos y piernas en un nudo de cabos delgados. Cuando cuelgo, el mensaje sigue retumbando en los amplificadores, la música lo reemplaza, pero vuelve y aparece y luego lo sigue más música y se va y retorna y se sumerge y se oye de nuevo y se desvanece para renacer hasta que ambos se funden.

Conteniendo apenas las ganas de llorar, trato de calmarme y analizar la situación, aunque lo único que consigo es preguntarme qué demonios estoy haciendo. Acompaño a un hombre que dispara tonadas en fragmentos entrecortados contra cuatro paredes verdes y negras. Hubiera preferido estar muy lejos y enterarme meses más tarde. Tengo que decírselo y no encuentro la manera. Me da mucho miedo su posible reacción. Quizás intente tirarse por el balcón y yo no tenga las fuerzas suficientes para impedirlo. Pensándolo bien, podría ser lo mejor. Cuando vuelva en sí no va a querer seguir viviendo. Intentará suicidarse a la primera oportunidad, estoy seguro. Pero en este preciso instante él es feliz. Lo mataría por eso. Si vuelve a sonreír le voy a destrozar la cara a golpes. Gesticula sin pausa a pesar de que sus labios nunca se sincronizan con el sonido dominante. Me acerco, y cuando quiero hablar, los ojos se me llenan de lágrimas. No puedo

hacer más que abrazarlo con todas mis fuerzas. Permanece quieto unos segundos y se zafa suavemente.

—¡Uuepajé! —grita palmoteando con alegría y sube el volumen.

Yo me siento en el sofá, hurgo en la bolsita de plástico, los hongos se separan unos de otros sin mayor resistencia al contacto con mis dedos, me los llevo a la boca y mastico con lentitud, con mucha lentitud.

CRUCE DE CALLES

Ha sido un día pesado en la oficina. Reuniones, docenas de llamadas telefónicas, un gran alegato en la junta y el café peor que nunca. A las seis de la tarde casi dio saltitos para celebrar el fin de la jornada. La fila interminable en el viaducto no contribuye mucho a la tranquilidad, pero la vaga promesa de ir camino a casa y la inminente ducha, seguida de televisión y comida preparada en el microondas, ayuda a aguantar. Paciencia. Parece que la atmósfera gris, a un grado de la oscuridad total, y las farolas de la calle y los otros carros hicieran más lento el fluir. El verde se va en un instante. El rojo es eterno. La corbata, tirada de mala manera sobre el asiento del copiloto, no es un interlocutor potencial. Está harto de la radio. Off. Decide encender un cigarrillo y abre la ventanilla. El teléfono celular vibra. Es ella, desea continuar con la pelea. Apagar sin contestar. Afuera, el ruido se duplica. El mundo se quiere estallar a bocinazos. Lo de siempre: un taxista atravesado. No le importa la algarabía, mira el vehículo de su derecha. Quizás haya algo. Muchas veces ha visto a la mujer de su vida durante unos segundos. Muchas veces ha visto a la mujer de su vida perderse en una bifurcación. Nada. Un adolescente se pellizca una espinilla de la nariz frente al espejo retrovisor. A través de la ventanilla de ese lado, cerrada, se le

alcanza a colar un golpe de brillos sonoros espasmódicos. Imposible distinguir la melodía. Pierde el interés y gira la mirada hacia el andén que lo separa de los carriles del sentido contrario. Ocupa el tercer puesto desde la luz roja. El semáforo sostiene el cuerpo de una mujer que sostiene un bebé en los brazos. La mujer, con evidente brusquedad, indica algo a una niña muy pequeña. La niña se acerca a la ventanilla del primero de la fila. Ni siquiera le bajan el vidrio. En el segundo le dan unas monedas. Ya se aproxima. La luz no va a cambiar a tiempo. Es demasiado tarde para cerrar su ventanilla. Ya está ahí. “No tengo nada ahora”, antes de que abra la boca. Listo, debería seguir su camino. Pero no, se queda ahí. No dice nada. Simplemente permanece apoyada en el marco de la ventana. Alejar la mano en la que carga el reloj, ponerla fuera de su alcance. Si la niña quisiera cortar el cuello, no habría nada que se lo impidiera. La mira de reojo. Ella tiene su atención puesta en el tablero de indicaciones. Oil. Fuel. Km/h. Ahora los ojos pasan a él. Pero no dicen nada. Lo mejor será darle algo para que se vaya. Las monedas están en el bolsillo del pantalón. El cinturón de seguridad le dificulta tomarlas. Entretanto, la niña se mueve con gran velocidad, toca la bocina y se va sin hacer un gesto ni pronunciar una palabra. La sombra del conductor de adelante se gira hacia él. Una centésima más tarde, siglos más tarde, el semáforo cambia y debe reiniciar apresurado la marcha. Reiniciar la marcha con un ambiguo sentimiento de derrota.

CANTO A LA TARDE DE COQUI

En “Noveno C” Coqui tenía fama de marica. Era una especie de secreto a voces, el grupo entero lo asumía pero nadie lo había llamado directamente “volteado”. Aunque la mayoría no había visto maricas más que en la televisión, la acusación se basaba en hechos contundentes. Coqui tenía catorce años y en su cara no se asomaba un solo grano, siempre estaba perfectamente peinado, por alguna extraña razón nunca se ensuciaba y –evidencia indiscutible– no jugaba fútbol.

También tenía que ver eso de apodarse Coqui. No era precisamente el sonido más varonil. La culpa la tenía su padre, quien llevado por un impulso cariñoso cuando él apenas era un bebé y no se podía defender, lo dejó expuesto al escarnio público durante los años que le quedaban de bachillerato. Pero a Coqui esto lo tenía sin cuidado.

Sonó el timbre que indicaba el cambio de clase. Romero, que se sentaba detrás de él, se paró como un resorte. La estructura rígida de los pupitres, que hacía más de cinco generaciones había sobrepasado toda expectativa de vida útil, doblegaba la resistencia de cualquier espalda. Terminó el imperio de silencio y terror que había impuesto Tejada durante su hora de religión. El relajamiento en el ambiente no se hizo esperar y cada quien parecía

aprovechar la oportunidad para tomar aire y soltar las frases que se habían atorado durante los cincuenta minutos de inquisición.

—¿Ustedes ven allá? —la mano musculosa de Tejada solía señalar un barrio de tugurios que se apoyaban unos en otros aferrados a la montaña—. Allá están los pobres. Tienen hambre y muy pronto van a bajar acá, a sus casas de burguesitos a reclamar lo que les ha sido negado.

Romero no sufría tanto como el resto en esa clase. El profesor le mostraba preferencia porque tenía cara de pobre y sabía que su padre era camionero. Le hacía guiños de complicidad en medio de sus discursos apocalípticos. Como Romero no estaba especialmente orgulloso de sus facciones, no sabía a dónde mirar.

Pero lo que resultaba ventaja por un lado, era una terrible tortura por otro. Le quedaba imposible convencer al padre Cancillo, el párroco, de que su papá, aunque era camionero, no lo llevaba a burdeles. Cada semana tenía media hora no solicitada de orientación vocacional con el cura.

La distensión entre clase y clase no duró ni dos minutos. Marino, el de Matemáticas, dio un paso dentro del aula y el silencio volvió abruptamente. Marino, a pesar de ser español, no olía mal ni tenía los dientes feos y era ampliamente temido. Si sorprendía a alguien infringiendo el reglamento, lo hacía parar frente al grupo y contar un chiste. La única tabla de salvación del acusado era lograr que Marino se riera, lo que pasaba una vez en mil. Si no había risa, había viaje a la rectoría y sanción inevitable.

—¡Agudelo, a la rectoría!

—Pe... pep... ¿qué hice?

—A la rectoría.

—Pero si la clase no ha empezado.

—Y no va a empezar hasta que usted salga.

—¿Y el chiste?

—Puede contárselo al rector.

Gutiérrez, el número uno en el promedio de calificaciones, se rió. Tres o cuatro tomaron nota: “romperle la cara a la salida”. Había llegado de mal genio el profesor. A Romero le temblaron las rodillas.

—San Juan Bautista de la Salle...

—¡Rogad por nosotros! —todos de pie.

—Espíritu Santo...

—Iluminanos y santificanos.

—Saquen una hoja.

Examen. Romero era inteligente y buen estudiante, pero los exámenes lo ponían muy nervioso. Además estaba Coqui, ahí al frente, tan seguro de sí, esperando el momento justo para voltearse y decirle las palabras mágicas.

Romero y Coqui se entendían bastante bien. No eran los mejores amigos ni se veían fuera del colegio. Sin embargo, durante la jornada de clases, hablaban cada que se les presentaba una oportunidad. Por eso Romero sabía que Coqui no era marica, que se hacía muchas más pajas que la mayoría y que estaba preparando el terreno para metérsele al cuarto a la sirvienta de la casa. E intentó animarlo a que hiciera públicas tales hazañas. Fácilmente podría competirle a las historias de Correa.

—El que come callado come dos veces —fue la única respuesta que obtuvo.

Antes de que Marino comenzara a dictar las preguntas, Coqui se giró y enfrentó a Romero con el tono hipnótico que se iba convirtiendo en un ritual.

—A partir de este momento tu mente está en blanco y no te vas a acordar de nada.

Las fórmulas comenzaron a mezclarse en la cabeza de Romero. Los signos positivos se hicieron

negativos y las raíces cuadradas se tomaron unas vacaciones. La angustia no le dio tiempo para protestar. Pese a que había estudiado como un monje, se iba a ver obligado a responder cada pregunta al tanteo. Aun así, no se lo tomaba de forma personal. La incertidumbre duraría una semana, pero las notas de todo el grupo serían más o menos las mismas. Por lo general sólo rompían la regla Gutiérrez, que hubiera sido capaz de lamerle el culo a cualquier profesor antes que bajar en una décima su promedio, y “Salami” que era tres años mayor que todos, tenía vellos en el pecho, cargaba entre sus piernas un monstruo que dio origen a su apodo y no acertaba ni siquiera al deletrear su propio nombre.

A Coqui y a Romero también los acercaba un mutuo odio hacia Zuluaga. Ambos lo habían matado varias veces antes de dormirse. Le llenaban la boca de tierra, lo humillaban y se marchaban con todas las mujeres que suspiraban por él. Zuluaga era rubio, alto, centro delantero, no muy habilidoso pero fuerte y buen cabeceador. Se había autoelegido capitán y repartía gritos dentro y fuera de la cancha. Semanalmente practicaba un gancho al hígado y un recto de izquierda a la nariz de cualquiera que lo contradijera o estuviera en el lugar equivocado en el momento equivocado.

El único suceso rescatable durante las dos horas de matemáticas fue el pedo. La atmósfera se puso densa de un momento a otro y Marino tuvo que interrumpir un discurso que se sabía de memoria y que venía repitiendo, sin mayores variantes, desde hacía dieciocho años. Hubiera preferido no darle importancia al hecho y permanecer indiferente. Pero el hedor era tal que hasta el Cristo que montaba guardia desde una pared parecía querer zafarse de sus amarras y taparse la nariz.

—¿Quién fue? —el silencio era absoluto, pero la fama no dudó en señalar a Montaña, que tenía un largo historial en dicho aspecto. El pobre, confundido, empezó el chiste por el final y tuvo que ir a hacerle compañía a Agudelo.

En el descanso, después de hacer una fila eterna en la cafetería —sólo Zuluaga llegaba de último e iba directamente al primer puesto—, Romero apuró lo más que pudo su empanada para hacerle a Coqui el estreno de su última producción. Guardó el poco de Coca-Cola que su garganta iba a necesitar al final de la ejecución, tomó aire y cerró los ojos.

—¡Pase arriba, se levantan dos hombres a cabecear... goooooool!

Coqui escuchaba concentrado. Estaba juzgando. Aunque no sabía nada de fútbol y los nombres que pronunciaba Romero le resultaban totalmente desconocidos, asumía con profesionalismo su tarea de evaluar las propuestas de su compañero al cantar los goles. Porque los goles se cantaban, no se narraban. Esa era la regla de oro y Romero algún día iba a cantar miles de anotaciones en la radio. Se repetía a diario que combinaría la emoción de “El Cantor Criollo de Ultradeportes” con la gallardía de “La Garganta Señorial de la Banda Futbolera, 1410 Mhz”. Coqui, imparcial e insobornable, le daba consejos que lo llevarían a convertirse en el mejor narrador de fútbol del país. Montaña, que ya había salido de la sesión de tortura en la rectoría, también estaba presente pero su opinión no era tenida en cuenta.

—Hoy, en educación física, quiero jugar fútbol —dijo Coqui.

Romero no podía creer lo que acababa de oír. Coqui, que jamás había pateado un balón, estaba dispuesto a afrontar lo que representaba participar

en el partido de los viernes en la tarde. Allí un error se convertía en una culpa que debería cargarse como una enfermedad contagiosa por años. Pero parecía que su deseo de dejar de ser marica era más fuerte que el riesgo que corría. Al menos así lo asumieron Montañó y Romero y decidieron apoyarlo.

Sin embargo, los motivos reales de Coqui partían de su propia reflexión lógica. Hasta entonces le había tocado jugar baloncesto con dos o tres larguiruchos expertos que no soltaban la bola y le cobraban infracciones que no se molestaban en explicarle. En realidad, él hubiera preferido sentarse a la sombra de algún árbol con Restrepo, el asmático, y Chiqui, un enanito de cabeza cuadrada que sufría del corazón. Pero no tenía argumentos para que el profesor de turno lo dejara con ellos. Así que buscó alternativas. Por combinación de probabilidades, el fútbol, un juego de una cancha inmensa y muchos practicantes, le brindaba las condiciones perfectas del ocio contemplativo. ¿Cuántas veces tendría que tocar el balón? ¿Correría mucho? Era cuestión de ubicarse bien y tratar de intervenir lo menos posible. Y tampoco se trataba de jugar. Como casi todos querían hacerlo, y él no tenía ni idea de cómo patear un balón, seguramente lo iban a dejar de suplente. Y ahí estaba la clave. Tantos años frente a su nariz y no se había dado cuenta.

—Hoy, en educación física, quiero jugar fútbol.

Pero las cosas no resultaron como quería y fue asignado a la marcación de la punta derecha. Rufo, el profesor de educación física, se había pasado de tragos el día anterior y no quería ni siquiera abrir los ojos. Dejó a los muchachos que eligieran ellos mismos las alineaciones. Ése fue el factor desequilibrante. Romero, cuya opinión era ampliamente respetada porque su trabajo

como extremo derecho resultaba impecable, movió sus influencias para que Coqui jugara de defensa por el costado que él mismo iba a transitar. Afuera se quedó Jairito, que siempre tenía los mejores zapatos, los protectores profesionales, un balón importado, asistía a una escuela de fútbol dirigida por una vieja gloria de la selección nacional y había conocido el Maracanã en las últimas vacaciones, pero que a la hora de jugar era incapaz de coordinar su voluntad con el cuerpo revestido de accesorios.

Como el profesor quería echarse una siesta, el arbitraje iba a someterse a consenso. Es decir, cada que se quisiera cobrar una falta habría un alegato de grandes dimensiones. Y eso favoreció inicialmente al equipo de Zuluaga, que no era el mismo de Coqui y Romero. Desde el otro extremo de la cancha, con los brazos apoyados en jarra sobre la cintura, Coqui vio cómo Zuluaga intentaba acercarse al área dominando el balón. Por velocidad iba dejando atrás al defensa, quien en un último intento se barrió y logró enviar la pelota a un costado. Una nube de polvo amarillo dominó la atmósfera por un segundo. La arenilla de la cancha reflejaba el sol casi con la misma intensidad que lo había recibido. Veinte minutos de juego.

—¡Falta! —gritó Zuluaga.

—Pero... ni te tocó. Fue directo al balón.

—¡Falta!

—¡Saque de banda!

—¡Falta!

El golpe en la boca acabó con la discusión. El opositor de Zuluaga tuvo que irse a los baños a limpiar la sangre. Jairito entró sonriente a la cancha levantando las rodillas al trotar a manera de calentamiento. La falta se cobró. Zuluaga se levantó

con fuerza, superó a su marcador y con un cabezazo puso el balón en el rincón inferior derecho del arco, adonde el portero no pudo llegar.

Uno a cero. Entretanto, Coqui había estado moviéndose, muy atento en apariencia, lejos de la acción. Maldijo.

—Tranquilo, todavía queda mucho tiempo. Podemos empatar y ganar —intentó animarlo uno de sus compañeros en la defensa.

Coqui maldijo pensando en la raspadura que se había hecho en el muslo al caer al suelo tras un choque fortuito.

El primer tiempo terminó así. En el segundo, un gol de Romero, con una excelente muestra de habilidad, hizo que los ánimos se pusieran altos. Pero cinco minutos después Zuluaga, tras eliminar a su marcador con un codazo en la mandíbula, fusiló al arquero.

Dos a uno. Coqui había tocado el balón dos veces. En la primera el esférico le había pegado en la rodilla para rebotar después fuera de la cancha. Cortó un avance del equipo contrario y se ganó una felicitación por eso. En la segunda, el balón quedó bailando en sus pies después de escapar de un choque de fuerzas entre tres jugadores. Fueron milésimas de segundo en las que alcanzó a angustiarse pensando qué haría. Para su fortuna, Romero se acercó como una bala y le pidió que le hiciera un pase. Aunque sólo los separaban un par de metros, estuvo a punto de no acertar. Pero una pierna derecha prodigiosa dominó la pelota y lo último que Coqui pudo ver fue a su amigo perderse en el horizonte evadiendo contrarios.

Más adelante, Zuluaga completó su tercer gol. En esta ocasión, ni el defensa ni el arquero quisieron interponerse en su camino porque tenía la cara roja

y en los ojos se le podían leer las intenciones. Ya el partido estaba sentenciado. Coqui estaba harto y en lo único que pensaba era en cómo iba a sacarse los fragmentos de arenilla que se le habían enterrado en un codo. Quienes iban perdiendo querían que se acabara pronto el juego. Esperaban salir bien librados, sin muchos goles en contra y sanos y salvos. Quienes iban ganando estaban contentos porque iban ganando, pero se aburrían. Ya a esas alturas, Zuluaga había regañado a los gritos tres veces a cada uno. Además quería que le pasaran siempre el balón y, una vez que lo tenía, no volvía a soltarlo jamás.

Romero era el único que seguía luchando y consiguió que le hicieran un penalty. La falta fue tan evidente, que no hubo protestas. Daba igual, quedaba un minuto y el vencedor final ya se conocía. Quizá por eso fue que tuvo cabida una propuesta que en otras condiciones hubiera sido absurda. Coqui lo cobraría. Romero susurró al oído de cada uno de sus compañeros el nombre de su candidato y todos acabaron llamándolo en un coro que aplastó las débiles protestas del elegido. Lo habían tomado con la guardia abajo y no tuvo más remedio que enfrentar al arquero.

Zuluaga se paró muy cerca del sitio de cobro para hacer presión psicológica. Coqui trató de recordar la forma como había visto a los otros pegarle al balón. No estaba seguro de ser zurdo o derecho. Cuando la ejecución era inminente, un silencio tenso se apoderó de los alrededores del área. Los dos equipos se acumularon allí. El portero rival balanceaba su tronco como un orangután. Coqui tomó impulso y dos pasos antes de llegar al balón cerró los ojos. Al abrirlos alcanzó a ver un pedazo de cielo entre la maraña de brazos

y piernas que tenía encima. Estaba tan aturdido que tuvo que esperar a que la voz de Romero llegara de alguna parte y cantara lo que había sucedido.

HOY ES NOCHE DE CACERÍA

Hoy es noche de cacería. Acabo de salir de la ducha. Pongo un poco de música en el estéreo (“Decibeles en tu vida”) para ir entrando en calor. Tarantarantán... chorizo, tarantarantán... chorizo. La canción es bastante tonta, pero tiene un ritmo que me fascina. Me sumerjo en sus ires y venires y me voy olvidando de pensar. Es que no me resulta sencillo esquivarme a mí mismo y si empiezo a enlazar ideas me pierdo y acabo deprimido pensando en cosas que me quitan el apetito. En cambio, si me logro pegar de dos golpes de bajo puedo convertir lo que me disgusta en destellos, en luces que rebotan enloquecidas e irreconocibles, que es lo más importante. Además, cada vez que escucho la tonadita me transporto a “Darkovia” y cientos de ombligos incrustados en cinturas perfectas de nenas perfectas danzan a mi alrededor. La imagen me lo hace parar, así que me quito la toalla que me rodea el tronco y me la cuelgo de la verga como si lo estuviera haciendo en un gancho de ropa. Me cago de la risa viéndome así, de perfil, en el espejo. La verdad, podría ser modelo. Pero me estoy desviando y caigo en cuenta de que tanta sensibilidad no es buena y que debería hacerme una sesión de trabajo manual para no llevarme una sorpresa más tarde.

Fui a la tienda de discos. Eso sucedió dos horas atrás. Viernes. Terminamos temprano, después de mostrarle al cliente de “Margarina Chiquita” cómo era la propuesta del comercial (“Toda la naturaleza en su mesa”). Perfil del hombre: enano, viejo, calvo y forrado en billete. Me estaba irritando de sólo verlo y juro que se me pasó por la cabeza sacarlo a patadas de la agencia. Si hacía un comentario negativo sobre cualquier cosa, o se le ocurría pedir que pusiéramos al tipo “ése tan chistoso del show de las ocho” que todos los capitalistas provincianos quieren anunciando su producto, le iba a meter su margarina por el culo (“Suavidad Interior”). Pero al hombre le gustó y salió muy contento. Entonces me pareció que podía poseer cierto ángulo simpático y que quizás en el fondo él no tenía la culpa de su mala suerte con el ADN. Y empecé a hilar conceptos hasta acabar deprimido. Por eso necesito música que me impida pensar.

Si me deprimó, tengo que comprar algo. Y esta vez la elección no fue tan difícil. No me pregunté si iba a dejarme llevar por el instinto hacia algún almacén de ropa o accesorios, porque allá las cosas se ponen más complicadas. El tiempo va pasando y a mí un color determinado o la forma en que ajusta una chaqueta se me vuelven una cuestión de vida o muerte. Y no quería sumarle angustia a la angustia. Así que la decisión fue arbitraria. Llevaba dos semanas con la cancioncita ésa pegada en la cabeza, tarantantán... chorizo, tarantantán... chorizo, desde que la bailé con Adriana, una morenita deliciosa. ¿O era Ariana? ¿Oriana? En fin, un polvo maravilloso que pasará a la historia como la última a la que le dí su merecido en casa de mamá. La compra iba a ser en homenaje a ti, Eliana.

Tengo que echarme mousse acondicionador. Infortunadamente acá nadie se escapa del gen mestizo y el mínimo porcentaje de negro que me corresponde hizo su aparición en ciertos mechones de mi pelo. Yo hubiera preferido la manifestación africana entre las piernas. Pero bueno, qué se le va a hacer. Ya estoy casi listo. Sin embargo, la camisa me gusta ponérmela justo antes de salir, darle tiempo al desodorante para que seque. Si me llegara a descubrir una marca en la axila o en la manga, me amargaría la noche. Todavía no es hora de partir. Hay que darles tiempo a las discotecas de que tomen cierto impulso y la atmósfera se ponga densa, los depredadores necesitamos condiciones climáticas específicas. De todas formas, Rodrigo y yo tenemos el parquero reservado.

El vendedor estaba masticando chicle de uva-fresa. Esa campaña la hicimos en la agencia (“Lo exótico a tu boca”), una cuenta muy alta, como de trescientos millones. Y nos dio buen resultado. No es muy difícil lograr que la gente se lleve semejante porquería a la boca. Tuve que hacer un esfuerzo para que no se me notaran ni el rictus ni el comienzo de arcada gracias a su vaho y la pregunta de rigor.

—¿En qué le puedo servir? —masticaba compulsivamente y el movimiento de la mandíbula tenía réplicas en toda su cabeza.

—Estoy buscando un C.D. —estuve tentado a mover el cráneo adelante y atrás siguiendo su ritmo. Pero eso lo iba a dejar para más adelante, en “Darkovia”.

—¿Cuál? —tono servil, sonrisa permanente de hombre joven aferrado a su única posibilidad de trabajo y que por nada del mundo quiere dejar escapar su ración fija. Si trabajara para pagarse

los estudios o algo así, es decir, si aspirara a algo más, hubiera sido un tanto altanero.

—Es que no sé el nombre, ni tampoco quién lo canta... Tiene una canción, ¿cómo te dijera?, es muy movida. Está de moda. La ponen mucho en “Darkovía” —iba a preguntarle si alguna vez había ido allá, pero caí en cuenta de que era una imprudencia. Jamás lo dejarían entrar a “Darkovía”. Lucas, el matón de dos metros que vigila la entrada, le pondría la mano en el pecho y lo empujaría a un lado sin mayores explicaciones.

—Es bailable entonces, música discotequera.

—Sí, es algo como... —levanté los dedos de una mano y froté las yemas entre sí. Terminé haciendo un gesto ambiguo que ni yo mismo pude entender. ¿Han intentado explicar alguna vez la música con las manos?

—¿Cómo dice?

—¿Perdón?

—Quiero decir, cómo suena o cómo dice un pedazo de la letra —era una invitación.

—Este... —miré a los lados. Cada quien estaba en lo suyo y el volumen de la música impedía que me pusiera en evidencia. Quizá los otros clientes estaban tarareando también. Así que me animé—: algo así como... Tarantarantán, tarantarantán.

—Disculpe, ¿cómo? —bueno, ya no había forma de echarse atrás y él no lo estaba haciendo de mala fe. Quería ayudarme. Debo dejar de ser paranoico. Sucede que paso demasiado tiempo entre hijos de puta que esperan cualquier lapsus para buscarte la caída.

—¡Tarantarantán, tarantarantán!

—¡Ah! Tantantaran, tantantaran.

—No, no, es algo más como tarantarantán, tarantarantán.

—¡Eso! Lo que el joven acá quiere decir es tarantantantan, tarantantantan —¿de dónde salió ese viejito? ¿Había estado todo el tiempo escuchando la conversación? No parecía estar comprando nada. No faltaba sino que fuera el súper héroe de las tiendas de música, luchando por la justicia y auxiliando a los clientes desorientados. ¿Y qué demonios estaba tarareando? Eso parecía una danza andina de sus antepasados.

—No, espere —en vez de poner en su lugar al viejo entrometido, me concentré más en la solución al acertijo. Y vi la luz—. Acabo de recordar algo de la letra: Tarantarantán... chorizo, tarantarantán... chorizo.

—¡Ah sí! ¡Ésa! —dijeron a coro el vendedor y el viejo. El aliento a uva—fresa de la aprobación del primero me hizo girar la cara hacia el segundo, quien estaba esperando cruzarse con mi mirada para cantarme el verso siguiente. Que conociera la canción y la interpretara en el tono correcto ya fue demasiado.

En mi puta vida vuelvo a comprar allá. Me queda el consuelo de que no hay demasiados espacios en los que pueda encontrarme con el vendedor otra vez y que al viejo no le deben restar muchos años de vida. Rodrigo no ha llamado aún. Él se tarda el doble que yo preparándose para una noche de carcería. Acordamos encontrarnos a la entrada. Cada uno va en su auto porque, una vez que se ha logrado atrapar algo, no se puede depender del otro.

Dos puntos más de volumen. Ojalá que los vecinos no se molesten. No deseo tener problemas en mi primera semana en el edificio. Debo evitar a toda costa que me señalen como el “alborotador del

apartamento de soltero”. Hay una imagen que cuidar ante estas familias modelo para que no alejen a sus hijas adolescentes. Quiero quedarme una buena temporada acá. En otras palabras, quiero estar lo más lejos posible de mamá, de sus vestidos de alta costura, su infinita colección de porcelanas, su estado cuasi cataléptico de mujer embalsamada con Valium y su grupo de amigas hipocondríacas y caritativas. Así que sólo será un punto más de volumen. De esa forma me ahorro la tentación de bailar y empezar a sudar antes de tiempo.

Necesito un reset. Llevo diecisiete días sin probar carne femenina y, como mínimo, tengo que poner el contador en cero. De lo contrario, nadie me va aguantar el mal genio en la oficina el lunes. Sin embargo, no estoy preocupado. Hacerlo es bastante sencillo. Rodrigo y yo solemos llegar a Darkovia, Lucas nos hace una venia respetuosa y basta con trasponer el umbral para que tengamos varias miradas encima. Uno se toma un par de tragos conversando con el barman, analiza el terreno y escoje víctima. El resto es inercia. Yo prefiero hablarles poco a las presas, pues se corre el peligro de que respondan. Si han de abrir la boca, que sea para llevarse algo mío adentro. Rodrigo, en cambio, sí las envuelve con sus conocimientos de arte –adquiridos en dos semestres que hizo en la universidad antes de dedicarse por completo al modelaje– y les habla estupideces sobre el medioevo. A mí eso me parece un divertimento inútil porque se acostarían con él igual, aunque se dedicara a contar en voz alta hasta setecientos una y otra vez.

Ya no queda rastro de la depresión. No sabría decir si se debe a que ya estoy alegre o a que ocupo toda

mi memoria RAM con un nuevo estímulo. Es ilógico que Beatriz esté en la portería y pregunte por mí. Le digo al portero que la deje seguir y doy una mirada rápida al local para comprobar que todo esté en orden. Me tomo la molestia como acto reflejo, porque me importa un culo lo que ella pueda pensar. Me mata la curiosidad por saber qué quiere. Uno no hace visitas los fines de semana a esta hora, es inapropiado. ¿Qué se piensa que soy? ¿Una solterona que se queda en casa a ver programas de concurso en la tele? Ojalá tuviera mi cabeza entre las piernas de una rubia en este momento. Tendría el parlamento perfecto. La haría pasar y le diría “¡hola Beatriz!, espérame un segundo yo termino con esto, en un momento estoy contigo”.

¡Hola Beatriz!, espérame un segundo yo termino con esto; en un momento estoy contigo. Hago como si estuviera organizando unos papeles. Me tardo algunos minutos mientras ella curioseas por el salón. Llevo meses sin verla, parece que está curada. Me gustaría preguntarle cómo supo dónde estoy viviendo y qué vino a hacer acá. En otras circunstancias la hubiera interrogado directamente, pero el verla me dejó sin habla. Está buenísima. Yo no la recordaba así.

—Siéntate. ¿Quieres tomarte algo?

—Un vaso de agua, gracias.

A ver si nos ubicamos. Beatriz fue novia de Rodrigo durante mucho tiempo. Lo traía loco. Él aseguraba, todavía lo asegura, que era la mujer de su vida. A mí no me parece que compaginaran. Ella era muy simple, de acuerdo con la acepción utilizada en mi diccionario personal. Es decir, siempre usaba jeans y camiseta, nunca se maquillaba y llevaba el pelo

de cualquier forma. Le gustaban las películas francesas y le regalaba a Rodrigo libros de poesía. ¡¡Ja! ¡Rodrigo con un libro de poesía! La tipa era bastante inteligente y eso era lo que me ponía nervioso de verdad. Nunca pude tener con ella una conversación de más de cinco minutos sin sentirme compitiendo.

—¿Cómo has estado?—me pregunta con amabilidad.

—Bien, he trabajado mucho.

Nos quedamos callados un buen rato. A ella no parece importarle. Si no la tuviera frente a mis ojos, no lo creería. Es otra. Ni mamá tiene un vestido tan elegante. Parece la princesa de Gales. Nunca la había visto con zapatos de tacón alto y no se me había pasado por la cabeza que tuviera semejantes piernas. Voy entendiendo un poco a Rodrigo.

—¿Puedo? —dice sacando unos cigarrillos del bolso.

—Por supuesto —me impresiona el tono con que me sale la frase.

Busco desesperadamente un tema de conversación. Pero cada posible inicio me parece más absurdo que el anterior. No puedo preguntarle cómo está. Igual de loca, menos loca, estable. No. ¿Qué has hecho? Bueno, en la clínica psiquiátrica tenemos una sala de juegos... Impensable. Estás muy bonita, te han sentado bastante bien los electroshocks. Boca mía, quédate herméticamente sellada.

Rodrigo se iba a casar con ella. Pasó por alto la oposición de sus padres, hizo caso omiso a los ruegos de los amigos y le destrozó el corazón a mi prima, que siempre ha visto en él una especie de

príncipe azul. A él no le preocupaba el interés desmesurado de Beatriz, según palabras de sus compañeros de la Universidad, en ciertas investigaciones científicas. Poco le importó que, a medida que se acercaba la fecha de la boda, ella pasara más y más horas en el laboratorio y su único tema de conversación fuera la conjunción entre la física cuántica y la macrobiología.

Hasta ahí la cosa era más o menos aceptable. Pero un día se le disparó un mecanismo de descontrol. Rodrigo le habrá averiado algún chip al agarrarle una teta, qué sé yo. El caso es que Beatriz le dijo que no se sentía bien, que ella sabía que algo malo iba a pasar y que era mejor que cancelaran la boda y que se dejaran de ver, que no la llamara ni la buscara. En el momento en que ella estuviera recuperada, le avisaría. Rodrigo no entendía nada y, cuando iba a pedir una explicación, ella empezó a gritar que se sentía muy mal, muy mal. Estaban en casa de ella y los padres vinieron a ver qué pasaba. Con darle una sola mirada, tomaron la actitud del mecánico que ya sabe qué le falla al auto y se pusieron manos a la obra. La madre le sirvió té a Rodrigo, el padre buscó en una estantería preguntándose dónde las había dejado, la madre hizo una llamada telefónica, Tobi corrió de un lado a otro agitando las orejas nerviosamente, el padre tomó un frasco de pastillas e hizo que Beatriz se tragara un par, la madre dijo en el teléfono que la niña había recaído, Tobi aulló, Rodrigo miraba para todos lados y no se decidía a hacer nada aparte de sostener la taza de té, el padre intentó minimizar la situación con una broma susurrando a Beatriz pobrecita vas a quedar como el abuelo y luego miró a Rodrigo guiñándole un ojo, la madre

colgó diciendo que el médico viene para acá, Tobi daba vueltas intentando morderse la cola y, de repente, Beatriz hizo que todos se quedaran quietos y en silencio con el inicio de un soliloquio incongruente. Cuando Rodrigo les dirigió una mirada de desamparo a sus ex—futuros suegros, le respondieron casi a dúo: “¿cómo? ¿acaso ella no te lo había contado?”

Y desde eso no han tenido noticias el uno del otro. Yo sigo sin entender qué está haciendo acá. Es imposible que Rodrigo la haya enviado. Estamos hablando de cualquier cosa —no quantums, no estructura interna de la célula— y yo, concentrado en buscarle alguna señal que delate su desequilibrio (de verdad que parece curada), no me enteré del momento en el cual transpusimos la barrera de la frialdad y nos embarcamos en una conversación animada.

—¿Tienes algún trago?, quiero tomarme algo fuerte —dice.

—Sí, fijate en el bar a ver qué prefieres.

—¿Algo para ti?

—De lo mismo que te sirvas.

Camina hasta la barra y sirve los tragos dándome la espalda. ¿Habrá objetos cortopunzantes a la vista? No, no voy a desvariar. Se ve más cuerda que yo. Dios, acá hay algo. Cuando se inclina junto al refrigerador, de espaldas a mí, puedo ver una leve carretera de vellos suaves y rubios que se trepan por su muslo. ¿Se está insinuando? Mi alarma interna me dice que debo prestar atención y cientos de hormigas corretean en mi estómago. Está decidido, voy a quedarme como he permanecido hasta ahora, sin camisa.

Me entrega un vaso y camina por el apartamento. No para de hablar y parece estudiar el camino hacia mi habitación. Se pierde un instante de mi vista y retorna con cierta sonrisa pícara. Alguna idea ha de estarle dando vueltas en la cabeza. ¿Dónde dejé los condones? Ojalá los haya visto, pueden ser un mensaje subliminal.

Casi me da un infarto al escuchar el teléfono. Es Rodrigo. Hago lo que cualquiera haría en mi lugar. Sin que Beatriz lo note, desconecto el aparato antes de contestar y después, con él en la mano, hago cara de extrañeza.

—¿Aló?... ¿Aló? —ella me mira cuando cuelgo—. Era el mudo.

Se ríe a carcajadas. No era para tanto. El chiste es bastante viejo. Pero su reacción exagerada me quiere transmitir algo. Además ni siquiera ha mencionado a Rodrigo. Se nota que no está interesada en el tema y yo lo único que he hecho es facilitarle las cosas. Ahora debo ser precavido. De modo que invento un motivo cualquiera y voy a mi habitación rápidamente, apago mi teléfono celular y dejo una caja de condones (“Asegura tu placer con Heaven”) sobre la mesa de noche. En cuanto tenga una oportunidad, le aviso al portero que diga que salí hace rato si viene alguien a preguntar por mí.

Hemos tenido adelantos. Ya estamos sentados en el sofá. No hay una muralla física que se interponga entre nosotros y se acerca la hora de la verdad. Mi bajo vientre es un hervidero de adrenalina. Beatriz me dice que la disculpe un segundo y va al baño. Lo más probable es que quiera retocarse un poco el

maquillaje y evaluar su apariencia. Yo aprovecho para cambiar la música y poner algo más suave.

Vuelve transformada. ¿Coca? De ser así, me parece de pésimo gusto y una muestra de egoísmo infantil. El que se droga solo, muere solo. Está actuando muy extraño. Toma su bolso y me mira con una expresión que fluctúa entre la lucidez y el desespero.

—Tengo que irme, no me siento bien y algo malo va a pasar —le tiembla la voz. Apenas si atino a aprobar con una leve inclinación de la cabeza—. Cuando esté mejor, te llamo.

Las láminas de la puerta del ascensor se unen y ya no la veo más. Apago la música mientras reconstruyo los hechos tratando de entender qué pasó. Pero el llamado en el citófono clama por mi atención. El portero me dice que ella está haciendo un escándalo afuera.

Podría dejarla ahí tirada. Pero seguramente ya la relacionan conmigo y, cualquier cosa que pase, los vecinos me señalarán a mí. Está acostada en posición fetal, en un pequeño jardín, frente al edificio. Sólo cuando me agacho para hablarle, escucho un sonsonete muy débil y constante que parece escaparse de la boca. “Beatriz, ¿te sientes mal?”. “No, idiota, seguramente se siente muy bien y sólo está ahí, echada, descansando”, me respondo. Así que mejor me callo. Hay gente asomada en las ventanas. Intento tomarle con suavidad un antebrazo y ayudarla a incorporarse. Pero el grito y sus pies apoyados en mi pecho me toman con la guardia baja. Con el mismo impulso que ella se levanta, yo salgo volando por los aires. Desde el charco

donde he aterrizado, la veo perderse calle abajo a toda velocidad. Sus alaridos de apache atraen a más testigos. Tengo el pantalón sucio y la marca de sus tacones me arde en el esternón. Debo subir rápido a cambiarme de ropa, ya es bastante tarde y Rodrigo se va a enojar.

EL CUADRO DEL ABUELO

A pesar de la elegancia de los pasos felinos, la ligera presión en la espalda lo despertó. No había manera de hacerle entender a la gata, ya resabiada, que para cruzar la habitación no tenía necesariamente que treparse a la cama y espantarle el sueño que tanto trabajo le costaba conseguir. Un cenicero desbordado por las colillas y cierto vaho a nicotina lo convencieron de que era mala idea lo del cigarrillo a esa hora, las once y algo según los números borrosos del reloj digital.

La gata no tenía nombre. En un principio lo había tenido, pero Carmelita, de acuerdo con la influencia inmediata, la bautizaba cada semana de una forma diferente. Primero le decía “Perlita”, por la heroína de una telenovela. Luego fue “Dolores”, en honor a la virgen de su devoción. Pero el animal también había sido “Bolita”, “Minina” y, aunque Miguel había protestado por lo ilógico de la propuesta, “Teodoro”. Al final no se acordaban del nombre original y decidieron referirse a ella como “la gata”.

—De todos modos no responde cuando uno la llama —fue el argumento contundente que zanjó el dilema.

Tendría que esperar un poco antes de salir, darle tiempo a Carmelita con el fin de no toparse con la impactante visión de un trapeador lamiendo baldosas. Era un cálculo que no fallaba, en unos minutos sonaría la campanilla instándolo a que

parara de fingir, que ya sabía que no dormiría más y que el desayuno estaba listo. Mientras tanto, le iba a tocar retorcerse con pereza entre unas sábanas que, en ese punto específico de la mañana y con la luz que se alcanzaba a colar por una hoja contrahecha de la persiana, adoptaban la textura de un lienzo barato. Había sido error de la gata, porque su coordinación con la india anciana que lo había criado era infalible. Quizás hacerse una paja matizaría el vacío. Pero como Patricia se había quedado a dormir, le pareció abusiva la opción y se olvidó del asunto. Decidió quemar los minutos leyendo una y otra vez la nota que le había dejado su novia, quien ya llevaría varias horas en la oficina.

La sincronización perfecta era objeto de largas y apasionadas discusiones con Patricia, ambos escudados en teorías agresivas e irreconciliables. Él sostenía que con los años de ser el único habitante de la casa y, por lo tanto, el único a quien atender, habían formado inconscientemente un equipo, algo así como una maquinaria de precisión milimétrica. Su novia, en cambio, tildaba estos hechos, que más de una vez habían comprobado empíricamente, de “casualidad forzada”. Según ella, la vieja estaba siempre alerta y tenía cada movimiento preparado. De modo que cuando él manifestaba la intención de abandonar el lecho, sólo tomaba unas milésimas de segundo organizar el escenario y dar la idea de coordinación. Su argumento se basaba en que siendo Carmelita la que mantenía la casa en pie, limpiando y cocinando y haciéndose cargo del manejo de las finanzas, era necesario que controlara hasta esas pequeñas variables para que el orden siguiera imperando ante el factor de caos que implicaba la presencia de Miguel. Sólo así se podía explicar que todo

marchara perfectamente mientras él se desligaba de cualquier responsabilidad y se dedicaba a pintar.

La campanilla y a recorrer los amplios salones de la casona. Comprobó, de pasada por las seis habitaciones abiertas, que no había ningún cuerpo inerte tirado de mala manera. Al parecer ninguno de los muchachos había venido a buscar refugio la noche anterior. Miguel jamás aseguraba la puerta de la calle y cualquiera de sus amigos encontraba un techo a la hora que fuera. Daba igual que al refugiado lo persiguiera la policía turística por venderle marihuana a algún nórdico, lo hubieran echado de la casa por vagancia o, simplemente, necesitara un rincón para un polvo imprevisto. La indiferencia acogedora del anfitrión y el silencio cómplice de Carmelita al servir uno o diez desayunos, desterraban cualquier juicio de valor.

Esta vez compartía la cocina sólo con la anciana, cosa que pocas veces sucedía. Terminó con calma el desayuno y recibió la correspondencia. Una postal enmarcaba un paisaje de rascacielos, de esos que no se veían por acá, y al otro lado tres clichés cortos eran rematados con la posdata de siempre: “¿cuándo vas a venir?”

—¿Le escribió su hermanita?

—Sí, Carmelita, ella hace el esfuerzo por no olvidarse de mí. No le debe quedar fácil.

—No diga eso —las manos viejas, pero hábiles, recogieron las últimas migas de pan dispersas sobre el mantel—, usted le debe hacer mucha falta. ¿Le cuenta algo importante?

—Lo de siempre...

Le dio un poco de risa escucharse diciendo esa frase. La foto de la postal se había repetido un par de veces con anterioridad. También podía intuir en el tipo de letra la invitación casi temerosa de

Francisca, quien seguro corría semejante riesgo sabiendo que él no se tomaría en serio sus palabras.

—De todas formas, creo que este país es muy frío para ti –insitía durante las escasas conversaciones telefónicas que habían tenido desde su partida, cuatro años atrás—. No te gustaría porque la gente es demasiado individualista...

El gangueo de la interferencia en la comunicación le daba un segundo para decodificar el mensaje. “Vete con papá o mamá”.

—Miguelín... ¿por qué nunca me escribes? –cambiaba Francisca el tema– envíame al menos una fotografía. Debes de estar distintísimo.

Las repeticiones de motivos a veces eran positivas y el cheque de su hermana se repetía cada treinta días, sin falta. Llegaba entre el quince y el dieciocho, en perfecta alternancia con el de mamá, que decía presente con el inicio de cada mes. Papá, como no cruzaba palabra con ninguna de las dos, mandaba giros bancarios sin tener en cuenta el ciclo establecido por las mujeres de la familia.

También con impecable puntualidad le llegaba a Carmelita el dinero necesario para que el refrigerador nunca estuviera vacío y los techos altos, de diseño republicano, no se poblaran de telarañas. De este modo la residencia Marroquín marchaba a la perfección y no seguía el camino de las otras del barrio, entregadas a labores de agencias de viajes o ventas de artesanías en un esfuerzo por no hundirse en el deterioro.

Carmelita, con sutileza pero en evidente asocio con Patricia, además de la postal le pasó el formulario de inscripción de la Escuela Nacional de Arte. Cuatro o cinco habían llegado ya a sus manos de forma misteriosa y se habían perdido, lo juraba él, de igual forma.

—Es que tienes que afrontar los hechos. Ya no eres un niño y no te puedes quedar jugando al adolescente toda la vida –era el discurso recurrente, y preferido, de su novia.

—Sí, sí. Voy a empezar a estudiar... el próximo año.

—No siempre te va a caer maná del cielo. Despierta, el mundo real está llamando, toc, toc, toc.

Esos tres golpecitos en la frente podían terminar, de acuerdo con el estado de ánimo que lo acompañara, en pelea a gritos o lucha sexual desnudos entre los caballetes y lienzos a medio terminar. Ella era buena chica, pero tenía la tendencia a tomarse las cosas demasiado a pecho y creía que ser cinco años mayor la autorizaba a agobiarlo con sentimientos maternales.

Miguel quería pintar. Y lo tenía todo para hacerlo: el tiempo, la disposición y, sobre todo, los materiales, que eran carísimos porque sólo se conseguían en las tiendas de artículos importados. Con el dinero que tenía asignado, y alguna que otra encomienda que le enviaba papá, le alcanzaba de sobra. Inclusive podía sobrellevar los robos que le hacían sus amigos pintores o revendedores.

Por lo general prefería comprar sus propios materiales. Esto no obedecía a nada en especial, sino que cuando llegaba un paquete de parte de su padre, venía seguido de una llamada. Y ya sabía lo que eso significaba. Él había sido el último en irse –“porque en este país todo está muerto”– y era el único que lo había visto comenzar a manchar telas. Eso se convirtió en un karma. Con los óleos le llegaban cientos de formularios de inscripción de las más prestigiosas universidades internacionales. Sin siquiera ser abiertos, se iban acumulando en un rincón los programas de estudios de la CLA, el

UM Art School, el instituto FRG y muchas otras siglas que se le confundían. Todas, sin excepción, contaban con residencia estudiantil.

—No sé si decidirme por el TNT, el AK 47 o el NaCl —comentó una vez durante el almuerzo. Carmelita sumergía la mirada en la fuente, llena de sopa de pescado, con cara de “niño escoja lo que es mejor para usted”. Patricia se ponía contenta ante su apatía hacia las escuelas extranjeras, porque lo mejor era que estuviera aquí, al alcance.

La llamada de papá nunca fallaba.

—Te llamo porque sé que nunca escribes. Además así me ahorro el trabajo de redactar una carta que seguramente no vas a leer —él sí leía las cartas, pero era tontería refutar—. ¡Claro! Como tampoco te gusta leer...

Era increíble lo locuaz que lo ponía el teléfono. Cuando vivían juntos, antes y después de que mamá y Francisca se fueran, rara vez abría la boca. Había períodos en que creía que iba a olvidar su voz.

—¿Ya te decidiste? —volvía su padre a la carga luego de una extensa perorata—. De eso depende que el día de mañana la gente, en vez de darte cualquier miseria en el mercado turístico de la playa, se pelee por tus obras en una galería de New York.

—Estoy pensándolo, no quiero apresurarme.

El desayuno terminó con el ritual de fumar tranquilamente un cigarrillo y darle dos aspiradas suaves a la pipa de la marihuana. La gata se acomodó en sus rodillas y él la acarició mientras repasaba mentalmente su lista de descarte de posibles actividades del día. No iba a pintar, no iba a montar en bicicleta por la playa, no iba a visitar a Ana aprovechando las horas de trabajo de Patricia, no iba a, no iba a, y no iba a.

—Llamó el joven Waldo diciendo que ya venía hacia acá con el joven Pirulo.

Eso iba a hacer. A esperar a que llegaran y lo librarán de pensar en qué iba a hacer.

Waldo subía las escaleras guiando a Pirulo, quien con la vista tapada por un cuadro de dos por dos, tanteaba cada escalón, jadeando más por el sofoco y la incomodidad que por el esfuerzo. Waldo fingía ayudarlo apoyando una mano en el borde inferior del marco. Saludaron a Miguel como siempre. Un espectador ajeno hubiera pensado que llevaban años sin verse.

—No, Pirulo, apóyalo en la otra esquina porque ahí se va a maltratar —indicó Waldo con una mano y gesto indiferente. Estaba ocupado en jugar con la gata. Con el calor del mediodía era preferible aprovechar el fresco que pudiera transmitir el suelo, así que se había sentado en un rincón. Miguel se quedó estudiando el cuadro. Pirulo fue al balcón y se quitó la camiseta tratando de represar un poco de brisa con su torso, que empapado de sudor brillaba al sol y permitía distinguir la forma de cada uno de los músculos.

—Éste sí quedó muy bueno... —felicitó Miguel a Waldo mientras con un pincel delgado estampaba la firma, *Campoalegre*, y la maquillaba un poco para que no pareciera recién hecha. Ésa era la parte que Waldo no sabía imitar de los cuadros del gran maestro. Los lienzos del recientemente desaparecido Campoalegre eran lo único diferente al ron, las playas y los culos de las mulatas que atraía visitantes al país.

Waldo vivía de las falsificaciones o de alguna europea magnánima con ganas de pasar unas buenas vacaciones. Pirulo, cuando las pesas le dejaban tiempo, traficaba sin mucha habilidad con

cualquier cosa. En realidad, le hubiera gustado ser boxeador pero la indisciplina, las mujeres y la vida nocturna no le permitieron dedicarse de lleno a los guantes. De modo que sus puños solía ejercitarlos cuando tenía los bolsillos vacíos y se topaba con algún turista japonés perdido en un callejón.

—Son unos perdedores sin futuro –sentenciaba Patricia—. Cuando lleguen a los treinta van a estar acabados o muertos.

De no ser por su caminar suelto, los jeans recordados arriba de las rodillas y el acento de lengua arrastrada, Miguel hubiera parecido un blanquito extranjero más en poder de los mulatos vividores.

—Esta vez vamos a hacer el negocio del siglo –se animó Pirulo.

—Pero necesitamos que nos des una manito extra –complementó Waldo.

—A ver... –se interesó Miguel, a quien le entusiasmaba tener una misión.

—Tienes que actuar de... –Pirulo buscó las palabras exactas, pero no las encontró—. Explícale, brother, explícale...

—El caso es que el tipo –empezó Waldo.

—Que yo contacté, es extranjero pero habla bien, se le entiende, lo conocí en un bar y le dije que tenía un Campoalegre original... –intentó envanecerse Pirulo.

—El caso es que el tipo –lo ignoró Waldo y continuó con dominio del tema– conoce de arte y sabe que los Campoalegres no crecen en las palmeras. Y ahí es donde necesitamos tu ayuda. La idea es que vives solo con tu abuelo y el viejo está enfermo hospitalizado. Tu necesitas vender algunas cosas de valor porque no tienes con qué pagarle la operación y tienes que deshacerte, con mucho dolor, del cuadro máspreciado de la colección de tu viejo.

—Lo dividimos en tres partes iguales. ¿Sabes cuánto va a pagarnos? ¡Vamos a darnos vida de ricos! –Pirulo no podía ocultar la emoción.

La cifra no era mucho mayor que la que mensualmente recibía Miguel. Pero lo tenían sin cuidado los números y la idea de la puesta en escena le atraía. Traerían al cliente a eso de las cinco de la tarde. Él debía tenerlo todo preparado.

—Sólo una pregunta, Waldo. ¿Abuelo paterno o materno?

—Materno.

Bajo una ducha eterna pensó en que jamás había tenido un abuelo materno. Mamá siempre guardaba silencio frente a su pasado, como una vergüenza que había dejado atrás. Para ella la palabra pasado era algo así como un insulto. “Eres el pasado”, le había espetado a papá al salir hacia el aeropuerto e iniciar una nueva vida al lado de Frederick, un gordo sonrosado y bonachón. No había soportado la indiferencia de su marido, que siempre estaba ocupado en cosas que parecían muy importantes y la humillaba por su poca inteligencia. Frederick y mamá invitaban a Miguel continuamente a irse a vivir con ellos. Sin embargo, la idea de un país donde la mitad de la gente joven anda de viaje y la otra mitad se suicida, no era muy atrayente.

Del abuelo paterno sólo conocía una fotografía en blanco y negro. Allí aparecía luciendo un uniforme militar, muchas medallas y un bigote blanco que se enroscaba en las puntas. Además, los comentarios ácidos de su padre le habían quitado las ganas de saber más al respecto.

—Era un hijo de puta.

Tendría que inventar un abuelo.

Logró convencer a Carmelita de que se fuera a visitar a una hija enferma y eligió una pared muy

visible para colgar el cuadro de su abuelo. Lo puso junto al que consideraba el mejor de los suyos. Quizás el tipo se emocionaba y le daba por comprar al por mayor. Se puso una camisa por primera vez en tres días y escogió unos pantalones que lo hicieran parecer en dificultades económicas. Examinó un rato la obra de Waldo sin saber muy bien por qué y luego fue a recibir a sus invitados.

Waldo le hizo una seña indicándole que ya el discurso estaba echado. El tipo era como cualquier otro y nada llamaba especialmente la atención en él. Sin embargo, su actitud y silencio al estudiar el cuadro demostraban que sabía lo que hacía. Waldo y Miguel estaban parados a su lado y Pirulo caminaba de un rincón a otro traqueándose los nudillos para calmar los nervios. Ya habían agotado todos los temas técnicos, no había mucho más que decir y el hombre no se mostraba muy convencido.

—Su abuelo es un coleccionista sentimental —Waldo quiso interrumpir un silencio que se iba prolongando más allá de lo soportable.

Pirulo empezaba a ponerse nervioso. Balanceaba los brazos en un vano intento de aportar algo a la conversación. Se puso como tarea jugar con la gata, pero una vez que la tuvo en las manos no se le ocurrió nada y la dejó en un sillón.

—Este cuadro es su vida. Suena contradictorio, pero es así. Tengo que vender un pedazo de su vida para salvarle la vida.

—Si no fuera así, no estaría en venta. Y menos tan barato —Waldo aplicó el tono más seductor que pudo.

—Pero yo idolatro a mi abuelo y por él haría lo que fuera. Él es la única persona que tengo en el mundo.

El cliente se pasó una mano por la mejilla de afeitado impecable y efluvios de colonia. Emitió una suerte de gruñido que nadie supo interpretar.

—Ya ha habido ofertas anteriores —aventuró Pirulo. Se notaba que había pensado mucho el argumento. Waldo, con un gesto entre dominante y desesperado, le indicó que mantuviera la boca cerrada.

El cliente encendió un habano, que probablemente había sido cortesía de Pirulo, una carnada para ofrecerle cajas a mitad de precio. Todos estuvieron pendientes de los anillos de humo que levantaban vuelo. Proveniente de la calle se escuchó la voz de un vendedor ambulante. En cuestión de segundos Pirulo comenzaría a dar cabezazos contra las paredes.

—Si usted no se decide pronto, creo que me voy a arrepentir. Este lienzo será el mayor recuerdo que me quede si el viejo muere —Miguel hablaba para sí mismo—. No sé, es un objeto con mucho valor sentimental. Es probable que vendiéndolo yo mismo le esté arrebatando la vida...

—Prácticamente se lo estamos regalando —los últimos intentos de Waldo sonaban a comercial barato y Miguel no había interrumpido el discurso.

—Me siento traicionándolo.

Las lágrimas en los ojos de Miguel complacieron a Waldo como recurso de venta, pero desconcertaron un poco a Pirulo. Lo demás sucedió muy rápido. Cuando los dos mulatos y el cliente se vieron empujados a la salida, todo fue confusión. Waldo no podía creerlo y trató de mantener la compostura y a la vez hacer entrar en razón a Miguel, que ya iba alcanzando la histeria y sollozaba que él no le iba a hacer eso al viejo. Pirulo temblaba de la rabia y lo insultaba a gritos. Waldo balbuceó protestas débiles.

El extranjero intentaba que ni el cheque ni el cigarro se le cayeran de las manos. Al final pudo más el empuje del dueño de casa, quien cerró la puerta y se tumbó en el suelo. Las lágrimas y los mocos se le mezclaban con la sangre de la nariz y la boca. Pocas veces Pirulo, cuyas maldiciones reverberaban aún en la escalera, había conectado tan bien un recto de derecha. La tarjeta con los datos del cliente se deslizó bajo la puerta y Miguel ni se enteró. El estómago le ardía, como si no hubiera comido en una semana.

JUICIOS PRELIMINARES

La vida se me va en reflexiones. Ninguna resulta profunda, pues no soy filósofo. Así que me paso las horas dándoles vueltas a ideas inútiles y especulaciones sin sentido. Qué le voy a hacer, para mí es más importante pensar en las diferentes formas que tiene la gente de sacar un pelo incrustado en la barra de jabón de la ducha que cualquier problema existencial. Como mínimo hay tres posibilidades. (1) Puede uno arrancar el pelo directamente con las uñas, escarbar una zanja a su alrededor y obligarlo a que se deposite en el dedo. (2) Si se prefiere un contacto menos directo, hay que acercar la barra al chorro de agua y dejar que la fuerza de la corriente lo lleve fuera. (3) En contraposición a esto, el interesado puede frotarse la barra contra el cuerpo y la fricción hará el resto.

Una cuarta se me ocurre. Sin embargo, no voy a continuar porque los tendría ahí sentados escuchando una enumeración interminable. Y lo peor es que nunca llego a una respuesta concluyente. No sabría decir por qué, pero me resulta imposible ir más allá de los juicios preliminares. Quizá se deba a mi afición a las drogas blandas, que me ponen a brincar de una idea a otra. No he terminado de posarme en un puerto de mis sentidos y ya quiero arrojarme, cuanto antes, al siguiente. Voy a hacer énfasis en lo de las drogas. Sería un error que me

confundieran con esas figuras cetrinas, inertes, con las que uno se tropieza cuando recorre en la noche las calles del centro. No soy una marioneta de las sustancias, me considero lo que se podría denominar un “joven de bien”. Tengo novia, madre, una carrera universitaria y uso ropa limpia. Pero me gustan las drogas blandas. Y eso es importante que ustedes lo sepan para que entiendan cómo me sentí el día en que di un paso más allá del umbral de mis magros juicios.

Iba en camino a la casa de mi novia. Fumé un poco de hierba para calentar. El estado de ánimo necesita prólogos y hay que evitar a toda costa los calambres en el espíritu. Ella me estaba esperando en la puerta con el teléfono inalámbrico en la mano. Sin decir nada me lo pasó y la voz de mi mamá me informó que el abuelo había muerto. “Estoy en el hospital –me dijo–, ven para que te despidas de él”. ¿Despedir?

—¿Te acompaño? –se ofreció mi adorada Isabel.

—No es necesario, gracias –traté de recordar si mamá estaba llorando–. Voy a dejar la moto acá, prefiero ir en taxi.

—¿Te llevo?

—No, mejor voy solo.

—¿Por qué? ¿Te sientes muy mal?

—No, es que me está saltando un ojo.

Me salta el ojo derecho cuando me enfrento a determinadas situaciones. No tengo definido cuáles son, aunque cuento con cinco o seis hipótesis –tal vez siete–. El globo ocular clama por salirse de su órbita y dejarme abandonado ante la realidad. Esta contracción era el primer motivo para tomar un taxi. También existía otro. El llamado tenía cierto carácter urgente, no había que perder tiempo y yo, cuando tengo marihuana en el organismo, me

vuelvo exageradamente cuidadoso y mi velocidad de conducción se reduce a 40 kilómetros por hora.

Por fortuna el taxista no intentó iniciar ningún diálogo. Cuando vi a mamá en la puerta del hospital, tuve que hacer una regresión. Estaba tan concentrado pensando en lo ingenioso que había sido quien inventó el mecanismo para subir y bajar las ventanillas de los automóviles que olvidé el propósito de mi viaje. Despedirme. ¿Despedirme?

Quiero que ustedes tengan claro que mi mamá es muy importante para mí. Es mi única madre y yo soy su único hijo. Gracias a ella, y a su decisión de irse a vivir al campo pero mantener las obligaciones económicas de las propiedades urbanas, disfruto de independencia. Sin sacrificar el nivel de vida anterior, como sí lo hacen mis amigos carcomidos por el desempleo y el orgullo, puedo disponer a mis anchas de un apartamento a pesar de mi salario irrisorio. Basta con hacer una limpieza exhaustiva al local ante la inminencia de su visita. En aquella época aparecía con cierta frecuencia para visitar al abuelo. Pero desde la muerte del viejo viene cada vez menos. Yo adoro a mi mamá y hago, como se darán cuenta más adelante, cualquier cosa que me pida. Aun así, pienso que con pequeñas dosis de ella tengo suficiente.

Después de abrazarme con fuerza y llorar un ratito apoyada en mi hombro, me tomó de la mano y me haló hasta un ascensor.

—Lo tienen en la morgue.

El marcador S1, de sótano uno, era el parqueadero y el S2 correspondía, entre otros, a la morgue. Llegamos al piso de destino y se abrió el elevador. La perspectiva terminaba cuatro pasos al frente, en una pared de concreto crudo marcada con una línea fluorescente a un metro y medio del suelo. Era

necesario girar para enterarse de que se estaba en un corredor y no en un armario. Seguimos la línea y, después de dejar atrás varios contenedores –o vagones, qué sé yo– llenos de ropa de cama, llegamos a una especie de recepción. La barra detrás de la que estaba el encargado podría haber sido la del lobby del hospital, pero treinta años antes.

Esperamos un instante a que el tipo terminara de llenar una planilla y se percatara de nuestra presencia.

—¿A la orden?

Yo quiero mucho a mi madre. ¿Y al abuelo? Bueno, la cuestión con él es un poco más compleja. Claro que uno quiere a sus abuelos y siente hacia ellos una especie de ternura. Mantengo aún el recuerdo de las monedas que me daba cada vez que íbamos a visitarlo. Yo era muy niño, me costaba pronunciar su nombre y eso lo hacía reír a carcajadas. Pero es todo lo que tengo de él. Cayó en coma meses después y de ahí en adelante no pasó de ser un tópico inanimado de visita dominical. Con el tiempo, dejé de ir. Hubo navidades inevitables a su alrededor (a mamá se le encharcaban los ojos ante la mínima insinuación de ausencia), pero yo prefería mirar desde la puerta. Después de muchos años de relativa estabilidad, su salud empeoró, si es que eso puede decirse, y decidieron internarlo en un hospital.

—¿A la orden? —dice el encargado.

—Venimos a acompañar a un difunto— informó mamá.

—Acá no hay ninguno ahora.

Ahí sobrevino el llanto histérico de mamá. Mientras hablaba, movía los brazos de forma confusa hacia el empleado. El tipo estaba perplejo y la voz de mamá, en alza, empezaba a crear un eco

considerable en el corredor. Que cómo es posible, que esto es el colmo, que mi padre acaba de morir y esto es un irrespeto, que hace sólo cinco minutos yo estaba acá y me atendió otra persona, que no sólo había un cuerpo sino dos, dos, por eso las cosas están así en este país, cómo me comunico con el gerente...

En un momento que mamá tomó para respirar, el empleado le pidió un segundo y, dándonos la espalda, marcó un teléfono.

—Ricardo, tengo un problemita. ¿Me podrías decir si hay algún cliente allá?

—...

—¡Mierda!, ya los dejo seguir.

Las disculpas del encargado tomaron a mamá caminando muy segura por otro corredor. El hombre apenas iniciaba su turno. Yo lo escuché y quise decir algo simpático, pero no se me ocurrió nada. Iba a ser una noche larga para todos y la silueta de mi madre se perdía al girar en algún punto a la izquierda. Casi tuve que correr para alcanzarla en unas escaleras de caracol. Deduje que los cadáveres tendrían que entrar por otro lado, esta vía era demasiado estrecha.

El paisaje se limitó a una habitación pintada de verde claro, sin más decoración que un crucifijo en la pared y dos camas con sendos bultos cubiertos por sábanas. Quise quedarme en la puerta, pero mamá llegó antes al sitio que yo había planeado ocupar y con la mano me hizo un gesto para que pasara.

—Ve a despedirte.

—Pero...

Las lágrimas se acumularon en sus ojos y su cara demostró tal sorpresa que estuve a punto de pedir perdón. Despedirme. Para eso había venido. El ojo

empezó a saltarme de nuevo. Unos pocos pasos me pusieron ante las dos camas. A mi derecha había un pequeño rollo de sábanas, discreto hasta el punto de que era difícil imaginarse que había un cuerpo debajo. A la izquierda, en cambio, la manta se levantaba majestuosa en una suerte de montaña a la altura de lo que debería ser el estómago de quien yacía ahí. No sé por qué éste me resultó más atractivo y giré hacia allá. Sin embargo, una duda me llevó a mirar de nuevo a mamá. Con cierta alarma, pero sin pronunciar palabra, hizo un gesto negativo y me envió a la derecha.

Una vez que alcancé la cabecera de la cama indicada, el bombeo del corazón inició un contrapunteo con el salto del ojo. Volteé hacia mamá de nuevo con la vaga esperanza de que hubiera reconsiderado el método de despedida. Ella, perdiendo la paciencia, agitó la cabeza y el brazo al mismo tiempo para indicarme que continuara adelante. Seguí mirándola otro segundo a la espera de que algo más sucediera. Como respuesta, se tapó la cara con la mano en un gesto de tremendo dolor. Tuve que volver a lo mío.

Cuando quité la parte de la sábana que cubría la cabeza, pude ver al abuelo, un tanto azul, con los ojos cerrados y ninguna expresión. Entre prestar atención al ojo saltarín y al corazón contagiado, no tragué saliva de la forma correcta y casi me ahogo. Le puse la mano en la frente y, superando la sensación de contacto con la superficie fría, ladeé un poco mi cabeza. Desde el ángulo en que estaba mamá eso se veía bastante bien.

Listo. Satisfecho volví la vista a mamá para observar lo orgullosa que estaría de mí. Pero ella, sin romper el silencio de los últimos minutos, abrió los brazos como diciéndome “¿y?”. Acto

seguido, y con gestos que no pude distinguir si eran de apoyo o presión, dictó una explicación gráfica. Unió las yemas de los dedos de una de sus manos y, con la obviedad de quien tiene que dar una instrucción a un subnormal, las llevó varias veces de sus labios, que formaban un pequeño beso, hasta su mejilla.

El ojo saltando, el corazón no se decidía por un ritmo concreto, una extraña protuberancia convertía la cama de la izquierda en un pequeño campamento, yo no miraba a mamá pero sentía sus ojos en mi nuca y supe que estaba frente a una de esas decisiones que requieren no pensar. Era como arrojarse a una piscina desde un lugar muy alto. El que piensa, duda. Y el que duda, pierde. Quise no dudar, me incliné un poco y procedí a despedirme del abuelo.

De ahí en adelante fue muy sencillo. Mamá y yo nos sentamos en una banca afuera de la habitación. Se dice que en los hospitales no se puede fumar, pero no estoy muy seguro de cómo funciona la regla cuando se trata de morgues. No me pareció que fuera a afectar la salud de alguien en particular y encendí un cigarrillo. Así me pude relajar y dedicarme a dos asuntos de suma relevancia: hacerle un seguimiento a la forma que tomaba la ceniza a medida que se consumía el tabaco y tratar de averiguar qué hacía que el cadáver de la izquierda levantara así su sábana.

El cuerpo en cuestión podría encontrarse en posición fetal, como una víctima de una catástrofe natural que espera resignada un desenlace inevitable. Pero, de ser así, ¿lo habían dejado ahí con las rodillas levantadas al cielo? ¿Sería alguien en una expresión de súplica eternizada por la muerte? En cualquier caso no me resultaba posible

acomodar mis especulaciones a la figura que tenía al frente. Ya de por sí era difícil imaginar que se tratara de un ser humano.

Sólo interrumpía mis reflexiones para indicar, con gestos apremiantes, a mis familiares recién llegados que debían dirigirse a la derecha y no a la monumental figura. Nada más que una vez tuve que dar las instrucciones de forma diferente. Una anciana vino a despedirse de quien ocupaba la cama izquierda y me hizo morir de curiosidad cuando levantó la sábana. Nada se podía distinguir desde donde yo me encontraba. Estuvo poco tiempo. Intercambió unas cuantas frases inaudibles con una de mis tías y se marchó. El resto de la jornada transcurrió sin mayores novedades. Después de la llegada del último miembro de mi familia, hubo un pequeño epílogo de conversaciones dispersas en voz baja.

El silencio de la espera del ascensor, a pesar de la atmósfera pesada, motivó a la gente a relajar un poco el ambiente. “Bueno, ya sólo queda esperar el funeral”, dijo mamá. Pero nadie quiso seguir ese hilo de conversación. Después de una pausa general, uno de mis tíos dijo: “yo me pregunto qué será lo que tiene el bulto del lado”. Atrajo así la mitad de mi atención, que en ese entonces estaba entregada por completo al recorrido que insinuaba la costura de mis zapatos. “La señora me dijo que era su hermana y que había muerto en una operación”, fue toda la información que dio una de mis tías.

Y ahí fue cuando lo sentí crecer. Nació en algún rincón interno de mi ser y pidió ver la luz con ímpetu. Una respuesta, un juicio contundente, era el puerto de llegada. Eureka. Por una vez en mi vida había llegado hasta el final.

—¡Ah, claro! Dejaron un instrumento quirúrgico adentro. ¡JA, JA, JA!

—¿?

—¡JA, Ja, ja!

—...

—ja, ja, ja, ja.

Ese día comprendí cómo una carcajada y un descubrimiento me podrían alejar del resto de la humanidad.

LA AGENDA DEL DÍA

Puso a funcionar la cafetera y luego se olvidó de ella por completo. Fue lo único que encontró para hacer después de pasear por los escritorios vacíos. Nunca había estado en la oficina tan temprano, y aunque ya clareaba, todavía faltaba un buen rato para que comenzaran a llegar sus empleados. Se dedicó a mirar por la ventana los primeros atascamientos de autos que se iban formando, pequeñitos, doce pisos más abajo.

No pudo localizar el interruptor general, de manera que no encendió ninguna luz. Tampoco lo había hecho con las farolas del auto, en el camino desde casa, a pesar de que aún estaba oscuro. La radio, muda. Como apenas si redujo la velocidad en los cruces de calles vacías, llegar le llevó menos de la mitad del tiempo que normalmente utilizaba. Había sido rápido. Se afeitó, tomó una ducha, se vistió y salió del cuarto sin besar a Marina, completamente a oscuras y en el mayor silencio que le fue posible. Ahora se balanceaba levemente en su sillón y comprobaba que no se había equivocado en nada: la corbata en perfecta combinación con la camisa, el traje y los zapatos; no tenía ni una pequeña cortada en la cara y la raya del peinado permanecía en el mismo sitio que venía ocupando desde la infancia. El estómago le gruñó. Había pasado por alto el desayuno porque, cuando salió,

la cocinera, Mota –el French Poodle–, los niños y Marina, aún dormían. La pregunta era: ¿verdaderamente dormía Marina? Él no había podido pegar los ojos en toda la noche.

Jugaba distraídamente con un bolígrafo cuando su secretaria terminó de leerle la agenda del día. La atmósfera aséptica de las lámparas ya dominaba. En algún momento la música ambiental, acompañada de los teléfonos e impresoras, había aparecido y ahora ahogaba la voz de la chica. Cuando la quietud en los labios de ésta iba alcanzando una prolongación incómoda, hubo una pregunta. Él sacudió la cabeza y ella, paciente, volvió a empezar. Tampoco prestó atención esta vez.

La verdad, desde la noche anterior había cometido un error tras otro. Lo que estaba haciendo en ese mismo instante era una equivocación. Podría ser malinterpretado. Claro que era su culpa. Aunque nadie se lo había dicho, lo reconocía. Pero no había que llorar sobre la leche derramada. Lo importante ahora era buscar una solución, analizar el problema con cabeza fría y hallar una salida.

La puerta se abrió de improviso e interrumpió la segunda lectura del orden del día. Martínez, el socio, detuvo el silbido que traía en los labios y se llevó la mano al corazón. Con un gesto de sorpresa teatral en la cara, se santiguó.

—¿Daniel? –gritó– ¡El rey se ha dignado madrugar! Y yo que venía temprano para poder echarte un discurso sobre la responsabilidad...

Sin acabar la frase, dio unos pasos y besó en la mejilla a la secretaria, que permaneció de pie en medio del despacho sin mover un solo músculo. Después lo saludó apretándole firmemente la mano y volvió donde la chica para empujarla cariñosamente a la salida.

—Alicia, si alguien nos necesita, diga que el doctor López y yo estamos en una reunión muy importante y que no podemos atender a nadie –dijo al cerrar.

Martínez recostó la espalda a la puerta y con el cráneo le pegó un golpecito. Cerró los ojos, se mordió el labio inferior y exageró un suspiro. Luego corrió y se sentó en el escritorio de López, quien pudo oler su colonia y estudiar su manicure envidiable cuando lo tuvo casi encima y el dedo índice se le plantó tan cerca de la cara que le costaba trabajo enfocarlo.

—Primero que todo –puntualizó Martínez–: hoy no se habla de trabajo.

Aunque su socio raras veces hablaba de trabajo, para López fue un alivio escuchar esto. No se encontraba de ánimo para discutir cifras. Bajó la guardia. Así que lo tomó desprevenido el hecho de que al dedo que tenía enfrente, en principio solitario, lo acompañaran ahora otros dos.

—Tres, fueron tres y uno que le eché esta mañana. No te imaginas cómo se pone. Parece una gata furiosa.

Paseó la mirada por la sonrisa blanquísima de Martínez, subió por la nariz que gracias a una operación ahora era recta, pero que cuando eran compañeros en la universidad se doblaba en un leve gancho aguileño, lo cual nunca fue motivo para que lo dejaran de considerar el más guapo de la generación; trepó por las sienes, que ya tenían una que otra cana, y finalmente se ancló en una gotita de agua que se aferraba a la raíz de un pelo en la parte alta de la frente. ¿Era que nunca se iba a quedar calvo?

—Veo que te dejé con la boca abierta –Martínez se bajó del escritorio–. Creo que debería ofenderme por tu falta de confianza en mis capacidades.

—¿De qué me estás hablando?

—¡López... Danielito! No te hagas el bobo. Como sé que no lo has comprobado por tus propios medios, te lo cuento: tu secretaria es mucho más eficiente fuera de la oficina.

Se quedó estupefacto. Alicia era, después de él mismo, la persona más tímida que conocía. Le resultaba prácticamente imposible visualizarla como una gata furiosa. Trató de fijar la atención en otro lado con dos manotazos inseguros. Sin embargo, sólo consiguió mover el pisapapeles un par de centímetros. Martínez se dio cuenta y soltó una carcajada ante su evidente incomodidad.

—¿Y Carlota? —frente a la hilaridad del otro, fue lo único que atinó a preguntar.

—En un viaje de trabajo, supervisando no sé qué en los puertos. ¡Pero no sé por qué me sales ahora con Carlota! No le busques el lado morboso a las cosas. ¡Por una vez en tu vida abandona el papel de niño bueno aguafiestas! No puedes estar siempre por encima del bien y del mal.

Parecía que iba a decir algo más. Silencio. Giró su cuerpo e improvisó un caminar orgulloso hacia la puerta que comunicaba con su despacho. Antes de desaparecer tras ella, ejecutó un pequeño paso de baile, como si su culo perfecto, envuelto en pantalones italianos, estuviera soltando una frase tremendamente cáustica. López lo tomó así y se quedó todavía un rato mirando el aire vacío.

Cuando sonó el intercomunicador, ya había cubierto de cuadrículas la portada de una revista norteamericana de economía. Una llena, una vacía. Remató la última y contestó.

—Doctor —se había pasado casi toda la mañana sin escuchar la voz de su secretaria— ya casi es hora de la reunión con el contador.

—...

—¿Doctor?

—Alicia, creo que me va a ser imposible asistir —se le quebró la voz—. Por favor aplácela para otro día.

—Como diga doctor —pareció desconcertada.

Segundos después volvió a sonar el aparato. Esta vez no iba a encontrar una excusa a tiempo. Respondió resignado.

—El doctor Martínez en la línea —se le informó.

—Daniel, me acaba de volver la memoria. No sé qué paso, si era lo primero que te iba a decir en cuanto te viera. Parece que la única que encajó goles ayer no fue Alicia.

—¡Un mínimo de prudencia, por favor! —se apresuró a interrumpirlo. Además, ¿a qué venía eso? Faltó un pelo para que la taquicardia repentina le cortara la respiración. ¿Habría hablado con Marina? No, de esas cosas no se habla. Al menos no con Martínez.

—Hacia rato que tu equipo del alma no perdía de local. Más tarde paso a dejarte el periódico, hay unas fotos maravillosas. No sólo en “Deportes”. ¡Primera Página! Lo hago por ti, porque estoy seguro de que no viste el partido completo. Apostaría que para el segundo tiempo apagaste el televisor como si la cosa no fuera contigo.

La comunicación se interrumpió sin despedidas. Nada de réplicas. El susto le iba pasando poco a poco. De manera que habían perdido. No había visto el partido, era la primera vez en años que no estaba el miércoles frente a la tele. Fue por lo del apagón. Las nueve de la noche y nada para hacer. Ése era un dato importante, ahí radicaba el comienzo de todo. Mandó a los niños a la cama temprano y se sentó con Marina en el balcón a tomar una copa.

El paisaje estaba oculto, ni siquiera había luna. Por eso el panorama no pasó de linternas inquietas en los edificios vecinos y alguno que otro carro en la calle. A pesar de que no se veían las caras, conversaron un rato tranquilamente, siempre en voz baja para no romper demasiado el silencio que se iba imponiendo a medida que avanzaba la noche. Dejó de advertirse movimiento en otros balcones y ventanas, la gente tenía que trabajar al día siguiente. Eso se aplicaba también para ellos, pero decidieron pasarlo por alto y tomar una segunda copa. Cuando fue a servirla, tanteando las sillas para no tropezar, puso accidentalmente la mano entre los muslos de su esposa. Si hubiera habido luz eléctrica, ella estaría frente a la pantalla del computador y él frente a la del televisor. O ambos durmiendo. Ahora estaba seguro, los cambios imprevistos en las costumbres significaban problemas.

Tenía una cita para almorzar con un cliente. Uno de los más fuertes, y quizás el menos soportable también. Evadió el asunto con dos o tres excusas flojas y fue Martínez quien tuvo que hacerse cargo. Ya se desquitaría después. La oficina quedaba sin un alma a la hora del almuerzo, y aun así prefirió permanecer encerrado en su despacho. Aunque no se había dedicado a nada productivo durante la mañana, había matado el tiempo sin problema. Pero ahora, en el descanso establecido, le era francamente difícil manejar el ocio sin ponerse a trabajar o salir a comer. Revisó la biblioteca, a pesar de que sabía de memoria su contenido y el lugar que ocupaba cada cosa. Luego hizo una lectura exhaustiva de los números de inventario de los muebles, que terminó en el sofá de cuero, cuya única utilidad era acogerlos a su socio y a él los viernes cuando se tomaban un par de whiskies. Se arrojó

allí con la esperanza de que quizá tuviera sueño, a ver si así podía dejar de darle vueltas a lo de la noche anterior.

¿Llamar a Marina a la galería? ¿Qué decirle? Llevar la misma conversación telefónica de todos los días. No estaba seguro de poder mantener un tono normal, en algún momento diría una burrada. Además, si ella quisiera hablar ya lo hubiera llamado. Verdaderamente era extraño, ni un pequeño saludo. Eso podría significar algo. ¿Qué?

Martínez llegó sonriente del almuerzo.

—Acerté al llevar a Alicia al restaurante —le informó—, su buen criterio mantuvo a raya la bilis del ogro. Esa muchachita es genial. Es la mujer más prudente que yo haya conocido. Esta mañana se bajó de mi carro una cuadra antes de llegar al edificio y siguió caminando. Yo manejé lentamente para mantener su paso. Fue divertidísimo. Parecía que iba a llorar, nunca vi caminar a nadie con la mirada tan rígida al frente. Definitivamente ayer fue un buen día: el partido... Alicia... no sé si disfruté más con mi suerte o con saber lo mal que lo ibas a pasar hoy —de un manotazo dejó el periódico a la vista.

Más o menos cerca del final del partido él y Marina entraban semidesnudos, trastabillando, a la habitación. Las cortinas cerradas no dejaban penetrar ni un mínimo rayo de luz. Daba igual tener los ojos cerrados o abiertos. Era una sensación rara y quizá fue esto lo que lo animó a jugar.

—Imagínate que lo estás haciendo con otra persona —propuso—, que yo haré lo mismo.

No había terminado de decir la frase y ya se estaba arrepintiendo. Pero el entusiasmo en la aceptación de ella lo animó a seguir adelante, con ímpetu. Fue increíble, hacía demasiados años que el desenfreno

no los visitaba de esa manera. Gritaron hasta casi quedarse afónicos y él pudo contenerse cuanto quiso, sin necesidad de artificios.

—Resistí todo el tiempo que me dio la gana —explicó Martínez—. No tuve que plantearme una conversión a francos suizos, fue espontáneo. Y Alicia... feliz, me miraba como si no lo creyera. Por supuesto que yo sí lo podía creer. Nos quedamos conversando hasta el amanecer.

No escuchó los detalles porque volvió a la noche anterior. Después de terminar se había quedado en silencio, cuando estaba tan contento prefería no hablar. Pasó un buen tiempo antes de que notara que no tenía ninguna parte de su cuerpo en contacto con el de ella. Palpó en la oscuridad y descubrió que le estaba dando la espalda, acurrucada en posición fetal. Se acercó para besarla y la sintió llorar. Suavemente le preguntó qué pasaba. El sollozo se intensificó. Le repitió la pregunta.

—Imaginé que estaba con Tato —respondió con una voz que se iba ahogando sílaba tras sílaba—. Olvidé dónde estaba, olvidé todo...

Enmudeció. Volvió a su lado de la cama. Tato había sido el compañero de Marina, el gran amor, durante mucho tiempo antes de que apareciera López. Él no lo había conocido ni sabía mayor cosa acerca del tipo, jamás hablaron de eso con profundidad. Tampoco se acordaba de su nombre de pila. Era un tanto ridículo eso de "Tato", pero uno no puede andar por ahí haciendo comentarios sobre el apodo de alguien que murió de esa manera. Aunque era algo cotidiano en el país, afrontar ciertas formas de perder la vida siempre iba a ser perturbador. Esa clase de separación forzosa dejaba varias preguntas en el ambiente. Preguntas que nunca se hicieron.

Entretanto, Martínez había desaparecido. Se había adentrado tanto en la reconstrucción de los hechos, que no registró la retirada de la figura esbelta.

Nadie dijo una palabra más en toda la noche. Tampoco se tocaron. No recordaba el momento en que ella había dejado de llorar, si es que había dejado de hacerlo, ni a qué hora terminó el apagón y escuchó el motor del refrigerador ponerse en marcha.

—Doctor... —Alicia asomó la cabeza tímidamente por el espacio de la puerta entreabierta, que había dejado Martínez al desaparecer hacia algunos instantes— ¿puedo hacerle una pregunta? Es que estoy un algo indispuesta y, como prácticamente todo el trabajo para hoy ya está listo, quisiera saber si usted me podría dejar salir más temprano, por favor.

Era la primera vez en tres años que le pedía un permiso. La secretaria más eficiente que había tenido. Educada, seria y dueña de una sobriedad envidiable. Le respondió que claro, que cómo no, y que si se sentía muy mal no dejara de visitar al médico. Con la salud no hay que confiarse.

—Yo creo que sólo necesito un pequeño descanso.

Bueno, así prácticamente quedaba cerrado el día laboral. Sin embargo, no podía irse temprano. Marina llamaría en cualquier momento y quién sabe cómo se sentiría si no lo encontraba. Ya estaba bien de actitudes extrañas, cuando volviera a casa se comportarían como siempre y ahí finalizaría el asunto. Martínez pasó tan apresurado poniéndose el saco, que apenas si tuvo tiempo de hacerle una mueca de despedida. López miró el reloj, eran las cuatro y diez. A pesar de que esperó hasta las cuatro y doce, alcanzó a hacerlo antes de que el ascensor

se cerrara, o al menos eso le pareció. Los empleados se quedaron congelados mientras caminaba entre ellos de vuelta al despacho. Jamás habían visto al jefe en ese estado.

EL MUNDO ESTÁ LLENO DE CARLAS (Un juego de calle)

Cuando era niño no me gustaba jugar con niñas. La falta de acción de un diálogo de madres, tomando el té en diminutas tazas de plástico alrededor de una mesita, era humillante. Prefería crear estadios con mis amigos en mitad de la calle, con porterías demarcadas por piedras y acaloradas discusiones sobre si el balón había entrado o no en el arco virtual. A la voz de “¡carro, carro!” el partido se detenía unos segundos, que se convertían en tensa espera y maquinación de trucos para ganar terreno.

A veces había una mezcla inevitable de sexos y se hacían concesiones de parte y parte. Sorteábamos a alguien para que contara, con los ojos cubiertos, hasta cien –de cinco en cinco– mientras los otros se escondían. Luego venía la búsqueda, que duraba unos minutos o se extendía hasta que las mamás salían a gritar que ya era hora de entrarse, que todavía éramos muy chicos para estar a esa hora en la calle.

Aunque en aquellos tiempos tenía heridas permanentes en las rodillas y codos y rara vez ganaba, me divertía bastante. No concebía mi vida sin jugar. Y aún no logro hacerlo, pero ahora el juego que practico es éste.

Pitazo Inicial

El juego tuvo su origen en una historia de amor. Ella (a quien en adelante nos referiremos también como la Antigua Amante Inolvidable) y yo fuimos amantes, a pesar de todo. Puede haberse tratado de una extraña broma de las circunstancias o una cuestión de terquedad y falta de planeación. El caso es que fueron días felices. Evitamos pensar mucho en que nuestra relación tenía una fecha de caducidad y que, por más que lo intentáramos, había un plazo que se iba a cumplir. Aceptamos la sentencia ineluctable, pero no nos dejamos desanimar por ella. Es más, la presión del tiempo contado cargaba de una intensidad especial cada situación.

La forma como nos conocimos y nació la relación es secundaria. No hace parte del procedimiento principal. Verdaderamente importante es la manera en que agotábamos los días. Nos los tragábamos con un ansia que rayaba en la lubricidad. Extensas jornadas de conversación nos llevaron a ver el fondo de muchas botellas y deterioramos nuestros jeans apoyando el culo en infinidad de superficies para discutir con tranquilidad el tema relevante de turno.

Superficies de deterioro para jeans

- Sillas de un bar de salsa semisórdido.
- La línea divisoria entre la hierba y el concreto en un parque.
- Banca de un taxi a altas horas de la noche.
- Butaca de cine popular en el centro de la ciudad.
- Una alfombra de mi apartamento que huele a orines de mamífero no identificado.
- Manos ávidas de los implicados.

Instrucciones

Quizá lo más importante fue el habernos contado las vidas de cabo a rabo. Y aunque esto pueda pa-

recer contrario a las circunstancias en que nos movíamos, suele resultar fácil para cualquier caso en la práctica. El conocimiento prolijo de la biografía de otro no tiene necesariamente por qué estar ligado al desgaste de muchos calendarios. Lo básico es no pensar en ello y, por nada del mundo, establecer un orden cronológico. Saldrá con naturalidad si “antes de” cada cual ha intentado convencer al otro de lo interesante que se es y de lo conveniente que resultaría “pasar a”. En caso de “después de” será más sencillo porque los silencios subsiguientes pedirán a gritos que los participantes se identifiquen, so pena de que el encuentro sea estigmatizado con el remoquete de la eventualidad.

Como un paso de rigor, le establecí las alineaciones titulares de mi familia. Le enseñé el sistema comunicativo de mi padre –basado en gruñidos de viejo de mal carácter– y le revelé detalles espe-luznantes de la estampa de Ignacio de Loyola que permaneció pegada veinticinco años en la parte interna de la puerta de mi casa y que, en esencia, fue la causante de mi abandono de:

- (a) la religión católica
- (b) mi hogar
- (c) a y b

Llegué inclusive a relatarle las vicisitudes de unas tías solteronas a las que no veo nunca. Cierta noche nos cruzamos con un travesti muy perfumado y no pude evitar que sus efluvios me recodaran los besos de saludo que, casi a la fuerza, me vi obligado a darles cada navidad durante mi niñez. Ellas se moldeaban la cara con cantidades abundantes de un polvo que venía empacado en un cisne de porcelana rosada. Este dato despertó la curiosidad de la Antigua Amante Inolvidable y durante varias

jornadas estuve describiéndole un tocador que siempre aparece en sepia en mis recuerdos.

A cambio ella me regalaba relatos truculentos de traiciones, celos y divorcios de sus primas. Yo le pedía que se extendiera en las escenas más escabrosas y pasionales. De modo que terminamos institucionalizando un trueque alternado, a veces sobrepuesto, de comedia amarga y telenovela de transmisión oral. Nos espetábamos anécdotas, que despertaban con una simple palabra o gesto del otro, hasta que alcanzábamos una velocidad tal que unos segundos después nos veíamos obligados a detenernos jadeantes. Sin pudor alguno, vacié el derrotero de mi vida en sus oídos.

A propósito de oídos, quien quiera jugar debe haber mordido con delicadeza uno de los lóbulos – no importa cuál– de la Antigua Amante Inolvidable respectiva. Yo lo hice. Esto puede lucir como un capricho deleznable. Sin embargo hace parte del protocolo, denota elegancia y da un toque de intensidad y cierta pretensión de poesía.

Apostamos quién tenía más cicatrices y malformaciones congénitas. Después de recorrerla con los ojos, las yemas de los dedos, las papilas gustativas, el paladín de mi lujuria y las pestañas reconocí la derrota de mala gana. Para mi complejo de Cuasimodo era inaceptable una mayor cantidad de acabados imperfectos en semejante empaque, que no me podía inspirar menos que sobrecogedora veneración. Ni el ardid de la descalificación de las uñas comidas como una mutación considerable me convirtió en digno competidor. Ella, piadosa con mi ego, prefirió pasar a profetizar acerca de la clase de fruta, animal, comida, mueble, etc., que yo sería en caso de ser una fruta, animal, comida, mueble, etc. La cursilería es lo más cercano a la plenitud.

Piedad. Una palabra que no se conocía en esos días remotos, cuando en el barrio descubrimos que las mujeres podían ser partícipes de juegos más interesantes. Nos sentábamos en círculo y en el centro hacíamos girar una botella sobre uno de sus costados. Cuando se detenía, la punta señalaba al elegido y el otro extremo escogía a quien debía imponer la tarea. El Gordito, por ser gordito y por tener el pelo crespo y duro como alambre, siempre acababa cumpliendo castigos físicos. Los otros, entretanto, seguían al pie de la letra las indicaciones de tiempo y técnica para los besos que la suerte les señalaba. A la Antigua Amante Inolvidable le parecía muy injusto el tratamiento que se le daba al Gordito, pero claro, juzgar a la distancia es otro asunto.

Yo hacía flexiones de pecho a la par con él, pero no porque me solidarizara o fuera igual de marginal. Sucedió que para este juego escogían la entrada de mi casa, cuyas enredaderas lúgubres brindaban la atmósfera perfecta. Perfecta para ellos, digo yo, pues para mí era imposible dejar de ser consciente de que San Ignacio de Loyola estaba a unos pasos, vigilándolo todo y esperando el momento en que cruzara el umbral para mirarme con ojos de “te vas a pudrir en el infierno”. Y como el Gordito jadeante, que se secaba con la lengua las gotitas de sudor que le aparecían bajo la nariz, no era mayor compañía, supe que me divertiría mucho más jugando solo.

Número de Jugadores

Éste no es un juego de dos. Es un solitario que necesita, en principio, a dos y que luego requiere de otros. Una vez que se ha cumplido con los primeros requisitos, hay que mirar también si terceros inocentes fueron involucrados. Estos figurantes son necesarios porque los juegos de dos tienden a agotarse en las posibilidades matemáticas de la

anatomía y los roles preestablecidos. Como a la gente le da mucha pereza buscar alternativas inciertas, es mejor curarse en salud. Y lo de “terceros inocentes” no ha de entenderse como un llamado a oscuros triángulos, aunque éstos tampoco deben ser descartados de manera tajante, sino a conocidos invocados como ejemplos de nuestras teorías o máscaras para las culpas y miedos propios.

Así apareció Carla. Amigas y confidentes, no se veían hacía varias semanas debido a:

- a) El trabajo.
- b) El estudio.
- c) Viajes de negocios.
- d) Ninguna de las anteriores.

Y quizá por eso no tuve la oportunidad de conocerla en persona. Tampoco tengo claro por qué nunca vi una fotografía suya, pero ahora lo agradezco. El caso es que Carla fue puesta al tanto de todo lo nuestro con un par de llamadas telefónicas y, para sorpresa mía, ella decía conocerme, de vista, con anterioridad. Los pormenores no fueron revelados. De una forma u otra, y haciendo uso de un derecho adquirido, pasó a ser la depositaria de las crónicas e impresiones de la Antigua Amante Inolvidable durante el tiempo que compartimos pasos y saliva.

Reglas de Juego

Aunque en ese momento no podía saberlo, fue una gran fortuna que Carla se llamara Carla, porque es esencial para el juego bautizar a la confidente. Debe otorgársele un nombre sonoro, profundo e insinuante. Y por ningún motivo emplear alguno de éstos livianos que ponen las madres frívolas de hoy. También está totalmente prohibido el uso de sobrenombres o apelativos. El sólo pronunciar

palabras como “La Gorda” o “Tata” echaría todo a perder. A quien se le presenten problemas en este sentido, yo le recomendaría usar “Carla”. Funciona a las mil maravillas y su sonoridad es una caricia al oído.

Carla se convirtió en el ojo de Dios, en el Argos incansable que profanaba mis momentos de soledad. Mis jornadas amoratorias, o conversatorias, tenían lugar en las noches o fines de semana, dado que para la Antigua Amante Inolvidable (que no contaba con las ventajas contemplativas de una cómoda renta) eran ineludibles los horarios que le representarían un cheque al final de cada mes. En esa medida mis recorridos diurnos en día de semana se veían preservados de su conocimiento y yo podía recreárselos a mi antojo. Pero Carla introdujo el concepto de realidad tangible.

—¿Por qué te cambiaste la camisa de cuadros?— fui interrogado una vez.

—No me he cambiado, hoy he utilizado todo el día esta misma camisa —me apresuré a decir, mentidor por reflejo.

Entonces vino la mirada amenazante, presagio de crueles represalias si insistía en mantenerme en la mentira.

—Carla te vio. Me describió inclusive la forma descuidada en que llevabas el cuello de la chaqueta, con la punta de la solapa arrugada, como lo haces siempre —prueba contundente, nada qué refutar.

—¿Dónde me vio?

—Por ahí...

—¿A qué horas?

—Simplemente te vio.

Así comenzaron a llegarme datos con cierta frecuencia, siempre banales y cada vez más desconcertantes. Salió a la luz el café de jubilados adonde

me gusta pasar las tardes, leer el periódico e imitar la forma de sentarse de estos hombres, además de templar el gesto en un vano intento de diluir la barrera generacional. Carla podría haber sido una de las cien chicas que pasaban diariamente por la acera y que creaban una milésima de segundo de silencio incómodo en la concurrencia. Era posible que me hubiera localizado con el rabillo del ojo, reconocible como era yo entre este grupo homogéneo, y continuara su camino con una leve sonrisa, más debida a la inquietud que me causaría la información que transmitiría que a algún debilitado piropo de un autor ídem.

—Pero ¿cómo es?

—También te vio escuchando a los predicadores cerca a una estación del metro.

—¿Está buena?

—Bueno, podría decirse que sí. Tiene bastante éxito con los hombres.

—Necesito más pistas.

—Es baja, tiene el cabello rojizo y camina como un pato.

Visto una y otra vez. Por más atento que estuviera no podía siquiera intuir la oportunidad de atraparla in fraganti. Y después resultaba que se había topado conmigo precisamente cuando estaba desprevenido. Casi llegué a pensar que lo hacía a propósito.

—No le creerás lo que dice... ¿no?

—Pero si tú mismo me dices que es verdad. Además siempre me cuenta bobadas, se limita a comentar que se cruzó contigo. Yo no sé a qué le temes si tú nunca haces nada malo.

—¿Y si se me ocurriera hacerlo?

Sonrisa escéptica y condescendiente. Mi autoestima al suelo, pero tenía razón.

—Ya me estoy cansando del misterio, quiero que me la presentes.

—No.

—Así tendría con quien hablar de ti cuando te vayas.

—No, prefiero que sea así.

—A ver, ¿acaso no tenemos las reglas claras?

Repasemos:

I. Te vas.

II. No te vuelvo a ver en las actuales condiciones.

III. Mucha sensatez, buenos deseos y mejores recuerdos.

IV. Etcétera.

V. Etcétera.

VI. Etcétera.

VII. Páctese y cúmplase.

—Sí, pero quiero tener una informante.

—Yo no tengo nada qué ocultar. Soy un tipo moderno. Además no tendrías sino que preguntarme para que te cuente mi vida de pe a pa.

—Ni moderno ni un carajo. Quiero una opinión imparcial y sé que no eres espontáneo cuando te sientes observado.

No era justo. Estaba condenando toda mi vida futura a la incertidumbre. Sin embargo, nada podía yo hacer. La decisión estaba tomada. Así que no me quedó otra opción que resignarme. Inclusive intenté tomarlo con espíritu deportivo y hacer gala de un humor mordaz. Pero fue un error, debo confesarlo.

—Quizá si la conozco, y hay algo de química, podríamos llegar a tener nuestro asunto.

Esta osadía me costó una hora cuarenta y tres minutos de disculpas y todas las humillaciones posibles para convertir un frío silencio en un tono neutro de respuesta.

Finalmente, y como no hay plazo que no se cumpla, llegó la despedida. La mejor forma de acabar una relación sin traumatismos consiste en utilizar un medio de transporte de largas distancias, poner un océano entre ambos, no hacer falsos presupuestos ni promesas hacia el mañana, evitar los dramas y aceptarlo como un hado. Se marchó en la mejor parte y la despedida fue entre emotiva y desgarradora. La inercia no tuvo jamás cabida entre nosotros, por eso nació el juego. Cuando la recuerdo siento un pellizco en la caja torácica. ¡Ah!, y algo imprescindible que los principiantes han de tener en cuenta: nunca quedó despejada la duda acerca de “lo que habría pasado si”.

Ganadores y Puntuación

La selección de los ganadores y la forma de puntuación quedan a criterio del jugador, quien está autorizado para manipularlos a su antojo.

¡A Jugar Señores!

Cumplidos los requisitos e ida la Antigua Aman-te Inolvidable, se puede empezar inmediatamente a jugar. El juego consiste en inventarse Carlas. Es ideal para sobrellevar los tiempos muertos que atiborran cualquier vida. Deberían practicarlo las gentes en uso de buen retiro, los vagos, los altos ejecutivos, los guardas de tránsito e inclusive los empleados de oficina, pues es compatible con las horas de trabajo. Si en las escuelas se implementara la enseñanza de sus fundamentos técnicos entre los chiquillos, alcanzaríamos un destacado nivel internacional, jamás logrado por deporte o arte alguno de nuestro país. Pero no quiero delirar y me limito a mi afición personal. Yo podría ser considerado algo así como un profesional de tiempo completo. Tengo un entrenamiento adecuado, utilizo

estrategias vanguardistas, respeto el fair play y sudo la camiseta. Siempre que salgo de mi casa –mi camerino–, aún sin sentir el pitazo inicial, sé que el tiempo de juego ha comenzado y la suerte está echada.

Trabajo con marca individual, aunque a veces la premura me obliga a tomar acciones simultáneas. Por lo general clasifico a una mujer en mi campo visual. Si camina como un pato y es bajita puede participar y será considerada como “Carla en Potencia”. Luego, me preparo para tener una posición adecuada en el caso de que resulte ser la verdadera. Si me tomara distraído sería una catástrofe.

Inicios Hipotéticos de Conversación con Carla en Caso de Emboscada

- Este... ummm... ajá.
- Hola –silencio de 38 segundos–, ¿cómo estás?
- De modo que tú eres Carla...
- Este clima está insoportable, ¿no?
- Te imaginaba diferente.

Cuando la mujer no cumple con los criterios de clasificación (por ejemplo al acercarse me doy cuenta de que no tiene el pelo rojizo), la dejo y paso a la siguiente sospechosa. A veces todo concuerda, pero la presunta Carla sigue de largo. En estos casos me queda la duda de haber sido engañado con un hábil amague. Sin embargo, no puedo dedicar mucho tiempo a las especulaciones porque cada segundo de descuido aumenta mi vulnerabilidad.

Aparecen Carlas envueltas en el último grito de la moda o cobijadas por los trapos imperecederos del uniforme intelectual, dan pasos rítmicos cargados de arrogancia o golpean la acera con zapatos diminutos como pidiéndole perdón, Carlas a babor

y a estribor, una Carla en la retaguardia besando a algún tipo que no la merece y, siempre, siempre una Carla a la vuelta de la esquina.

Si el jugador considera que ya cuenta con la habilidad suficiente para pasar a un nivel más elevado (el equivalente a otros mundos en los juegos de video), tiene la oportunidad de ampliar los frentes de ataque. La forma más utilizada es el envío de mensajes amenazantes. Para aumentar el riesgo, contacté a Carla a través de intermediarios. Una amiga de una amiga de una amiga debía decirle:

1. Que si lo ves en la calle, lo detengas y te presentes.
2. Que ya está bien, que es hora de dar la cara.
3. Que acabe con el suspenso o...
4. Que haga, por favor, todo lo posible para tomarlo por la espalda.

Así aumentaban el peligro y mi ritmo cardíaco cuando caminaba por ahí, indefenso, corriendo riesgos que rayaban en la irresponsabilidad. Los amantes del vértigo nos vemos obligados a extender una y otra vez los límites.

Y hasta ahora, de Carla nada. Pero el final no llega hasta que se agita la bandera a cuadros, suena la campana del último asalto (si no hay K.O), el árbitro señala el centro del campo o canta la gorda. No estoy dispuesto a tirar la toalla.

Tiempo de Duración

El juego debe ser más largo que el Mundial de fútbol, más extenso que el rallye París-Dakar, más prolongado que los play off de la NBA, durar más que el Tour de Francia e ir más allá, mucho más allá. He de seguir jugando, así conocí la vida y es la única forma que tengo de recorrerla. Porque, la verdad, no quiero conocer a Carla. Me siento mejor

actuando audazmente ante el acecho de su anonimato, pensando que no existe y que la Antigua Amante Inolvidable se la inventó. Le tengo cariño cuando pienso en ella como la amiga imaginaria y no me gustaría que se convirtiera en un ser concreto independiente de esa mujer que ya no está.

Pitazo Final

DOCUMENTAL PARA UN MUCHACHO BUENO

No me gustan los documentales de contenido social. Se me antoja insoportable su afán de captar el mundo real. Uno sabe que el universo entero está jodido. Hambre, miseria, injusticias. Pero si esas imágenes se meten en tu casa, comparten contigo la cama, traerán como única consecuencia la pérdida del apetito y el sueño. O, ¿qué esperan que uno haga?, ¿salir a cambiar a la humanidad?. ¡Por favor! Además, de igual forma que hay mucha mierda para abajo, existe mucha seda cuesta arriba. Y hacia allá es a donde yo prefiero mirar. Raya con lo masoquista eso de buscar disparadores del complejo de culpa cuando se puede recurrir a carnadas para las ilusiones.

Si me siento frente a una pantalla, busco algo que contribuya a la evasión. Salto de concursos con premios absurdos y gente feliz a comedias que se condimentan con risas pregrabadas. La fealdad allí no es una presencia contundente y los colores de un campo de juego son más intensos que en la vida real. Larga vida al happy end. Puedo de este modo bajar mis defensas y permitir que toda esa información me sea inyectada sin dolor alguno.

Además, ese deseo de los documentales de retratar la realidad me parece una falacia. La verdad siempre se esconderá tras múltiples ópticas y será

fragmentada por demasiadas versiones. Por ejemplo, lo que decía el muchacho aquél la otra noche en una entrevista que no atiné a cambiar a tiempo y me dejó pensando. En otras palabras, me amargó el resto de la jornada. Su testimonio sonó muy duro y contundente, la verdad en su esencia. Pero yo sospecho, o más bien estoy seguro, de que fue más lo que calló. Quizá lo hizo por lo traumático que le parecía el recuerdo, ¿quién dijo que quienes enfrentan día a día la crueldad del mundo no preferirían, en caso de poder escoger, otras opciones menos sinceras? Tal vez su rostro cubierto por un pasamontañas, en vez de animarlo a soltar los hechos reales sin tapujos, lo impulsó a escudarse en verdades a medias. En fin, mil aspectos influyeron para que allí hubiera mayores carencias que realidad en sí.

Entre otras cosas, no habló de su pasado ni de cómo fue reclutado. Seguramente, y por esos azares a veces inexplicables, era uno de los buenos del barrio. Uno de esos extraños casos que son capaces de mantenerse firmes ante un ambiente de presión constante. Él no quiso seguir el camino de sus compañeros de juegos de la infancia. Del grupo que practicaba el fútbol en una cancha de arenilla durante toda la tarde, muy pocos resultaron como él. La mayoría ya estaban muertos, cuestión para la cual no había que hacer demasiados méritos. Otros, ante la falta de empleo, de oportunidades y, seamos claros también, debido a la ambición, ingresaron a las filas de la delincuencia organizada del barrio y, por ende, a las armas, las drogas y los problemas.

Pero él se mantenía al margen. Quizás era un poco ingenuo y continuaba con la esperanza de ingresar a la universidad para lograr, en el futuro,

un trabajo decente y sacar a su madre y a su hermana, su única familia, de la miseria. Era el caldo de cultivo perfecto, el individuo ideal que los del Comando buscaban para venderle el discurso. Y lo hicieron por intermedio de un antiguo compañero de escuela, Leo, que hacía poco había acogido esas banderas.

—Venga un día, converse con nosotros y con el Comandante —le dijo mientras se tomaban una cerveza.

—No sé. Es que a mí ese tipo de cosas no me convencen del todo. Además me da un poquito de miedo.

Un bus repleto de gente subía con dificultad la cuesta. Sin esperar a que se detuviera del todo, dos personas se arrojaron y, por un momento, desaparecieron de la vista envueltos en la nube de humo negro que soltó el vehículo al cambiar de marcha.

—Hable con nosotros, sin ningún compromiso —insistió Leo—. Se dará cuenta de que somos los buenos de la película. A nosotros la gente nos apoya. Todos aportan con gusto la cuota de vigilancia.

—Yo mejor quisiera trabajar... —utilizaba el primer “pero” que se le viniera a la cabeza.

—Esto es un trabajo. Y la paga no va a faltar. Es más, a mí ahora mismo me va mejor que antes.

Leo había sido dependiente en un almacén de zapatos. Y, aunque en esa época ganaba el salario mínimo, nunca se involucró en negocios ilegales para conseguir más dinero. Siempre había sido bastante intransigente, pero tenía carácter bonachón y casi todos lo consideraban un buen tipo.

—Si nosotros no hacemos algo, nadie lo va a hacer —continuó con su argumentación y señaló hacia adentro de la cafetería donde estaban—. Si quiere pregúntele a don Jesús.

A don Jesús lo habían matado a tiros una semana antes unos muchachitos que entraron a robar.

—La próxima podría ser su mamá o su hermana.

Entre varias cervezas y dudas el muchacho aceptó. Esa misma noche acompañó a Leo al centro de reuniones. Lo sentaron, junto a otros candidatos, en un salón de clases de la Escuela, vacía a esa hora. Se acomodó en un pupitre desvencijado, que pudo haber sido el mismo que utilizaba cuando asistía a ese claustro, y se dejó envolver por la perorata del Comandante. Éste era un hombre que, a pesar de ser joven, denotaba demasiada vida, y eso hacía que sus movimientos y palabras estuvieran cargados de encanto e interés. Lo había visto con anterioridad un par de veces, pero nunca llegó a imaginar de quién se trataba.

El Comandante habló con términos fuertes y contundentes, sin tonos medios. Se refirió a los pobres y a los ricos. Los ricos eran todos los que no eran ellos y señaló hacia las luces de la ciudad, esa otra ciudad que brillaba a lo lejos, muy cerca al lugar donde yo vivo. La justicia se reservaba para los que administraban los billetes. La policía sólo se preocupaba de venir por estos lados cuando había que hacer levantamientos de cadáveres. La cuestión era de justicia y de diferencias entre los que tenían y los que no tenían. Eso explicaba en gran parte la criminalidad creciente. Pero mientras llegaba el día de resolver la totalidad, tenían que cuidar de su pequeño mundo, de su barrio. Las bandas de hampones ya no eran sólo un problema de los adinerados, habían comenzado a afectar a los vecinos. La violencia, la extorsión, el acoso a las niñas y las drogas volvían la situación inmanejable. “Están cagando donde comen”, fue la frase que empleó.

Convencido, el muchacho dijo que sí, que estaba bien. Entonces pasó a la etapa de entrenamiento. Durante este tiempo de adiestramiento militar, lo mantuvieron alejado de las diferentes acciones que realizaban y que sólo le llegaban por comentarios. Esto contribuía a que en su cabeza se mantuvieran en el plano de lo abstracto y así fuera menos vulnerable a la ansiedad o el miedo.

Cuando estuvo preparado, lo llamaron a ejecutar el primer trabajo. Era una suerte de ceremonia de iniciación. El paso definitivo para entrar al Comando. Recibió las instrucciones en el mismo salón, inclusive la misma silla, donde escuchó por primera vez las palabras de su jefe.

El comandante, muy dado a los discursos, empezó con algunas generalidades. El cáncer de la droga se extendía en el barrio. Quien se volvía adicto olvidaba sus obligaciones, se convertía en un lastre para los suyos y, tarde o temprano, acababa robando y haciendo daño a alguien para conseguir su mercancía. Sin embargo, la raíz del problema estaba en los expendedores. Los traficantes estaban enviciando a los niños para asegurar que su clientela se incrementara día a día.

Ahí venía la misión específica. Localizaron a un vendedor y le habían hecho advertencias al respecto en repetidas ocasiones. Se le dieron suficientes oportunidades de dejar el negocio y no había hecho caso. Era necesario demostrar que ellos no estaban jugando. El muchacho y Leo deberían encargarse del asunto. Leo sería una simple compañía, se trataba de la primera misión del muchacho. ¿Estaba claro? Encargarse, tomar cartas en el asunto, resolver, el comandante era experto en eufemismos y, a veces, sus subalternos se lo agradecían.

El muchacho recibió su arma de dotación. Pese a que en los entrenamientos había manejado todo tipo de calibres, en esta ocasión la pistola le pareció más pesada, más real. El uniforme únicamente se componía de un brazalete con las iniciales del comando y un pasamontañas de lana. Leo sabía hacia dónde debían dirigirse e iniciaron la marcha.

Caminaron por las calles estrechas y empinadas del barrio. No quedaba nada de la muchedumbre y el caos que imperaban durante el día. El silencio y la soledad se interrumpían de vez en cuando gracias a un perro vagabundo o a una ventana que reflejaba el rayo intermitente de algún televisor. Nadie se asomaba en los balcones de las casas estrechas, construidas unas sobre otras sin ninguna dirección arquitectónica. Los vecinos se encerraban muy temprano en sus hogares, en una especie de reclusión vampiresca, a esperar que llegara pronto el próximo sol.

El muchacho palpó el pasamontañas en el bolsillo y pensó en ponérselo de una vez, sentía que iba a congelarse. Pero se abstuvo. Indiferente a la conversación que le proponía Leo, ocupaba toda la capacidad de sus neuronas en otro asunto. Seguro que era un gordo, un maldito gordo depravado, de dientes sucios y problemas respiratorios, que luego de enviciar a niñas inocentes les cambiaba favores sexuales por droga. No había duda de que era así y la iba a pagar.

Sonó el eco de un disparo, pero ellos ni se inmutaron. Era en otro barrio, en otro universo con sus propios buenos y malos. Llevaban ya grabadas en sus instintos las reglas de la territorialidad. Su mundo no tendía a expandirse. Se configuraba cada vez más como una extensión de cuadradas con reglas específicas que dependían del dueño del poder

de turno. Tenían claro su mapa de movimiento y se veían obligados a limitar a él sus intereses de vida. ¿Y el resto de la ciudad? Pues bien, era territorio neutral. Es decir, de nadie. Y en tierra de nadie se está más solo que en cualquier otra parte.

Llegaron a su destino y se instalaron al frente, en un portal oscuro. Leo encendió su quinto cigarrillo de la noche.

—¿Está nervioso? —preguntó mientras se sentaba cómodamente. El muchacho negó con la cabeza. —Entonces siéntese que nos va a tocar esperar un rato. Todavía no ha llegado.

Le hizo caso y buscó el mejor lugar para vigilar el objetivo. Era una casita como las otras, con los ladrillos de la fachada al aire y ningún tipo de pintura, o algo parecido. En todo caso una construcción de esas de barrio marginal. Leo quiso iniciar una discusión sobre fútbol o mujeres, cualquier tema, pero el muchacho sepultaba sus comentarios con monosílabos cortantes. Después de un silencio en el que dominaron los grillos, un camión que pitó en una autopista lejana y las manos del muchacho frotándose en sus jeans en un vano intento por aplacar el frío, hubo una pregunta.

—¿La ha probado alguna vez? —aventuró el muchacho.

—¿Probar qué?

—La droga. Quiero decir, ¿alguna vez ha consumido?

—No. Eso es para viciosos.

De verdad que la noche era muy fría. Leo encendió un cigarrillo con la colilla del otro. Su rostro estaba sumergido en la oscuridad y sólo delataba su posición el rojo de la ceniza ardiente. El muchacho revisó el mecanismo de la pistola y se puso el pasamontañas. La lana le picaba en el cuello.

—¿Cómo fue tu primera misión?
—No fue fácil –se escucharon unos pasos en la vereda, Leo calló con brusquedad y se permitió tan solo un susurro–. Ahí viene.

Una anciana caminaba tomada de la mano de una niña muy pequeña. Llegaron al portal que estaban vigilando.

—¿No era un gordo?

—¿Quién dijo eso?

—¿Será una compradora?

—No.

—Quizá sea la abuela del tipo.

—Está abriendo la puerta.

Leo se puso el pasamontañas y ambos cruzaron la calle corriendo. Ordenando mantener silencio, empujaron a la mujer y a la niña hacia adentro y cerraron la puerta. La niña se veía muy asustada y se aferró a la falda de la vieja, quien dibujó en su rostro un gesto de fastidio como única expresión. Ninguna pronunció palabra.

—¿Entonces?

—Revisala –ordenó Leo.

La mujer estaba limpia. Cuando le preguntaron dónde tenía la droga, se limitó a mirar a Leo a los ojos. Después de unos segundos de incertidumbre, decidieron revisar a la niña. Le encontraron cuarenta papeletas de base de coca. Entonces habló la anciana.

—Yo sé que me van a matar, así que háganlo rápido –dijo y tomó asiento. La niña clavó la cabeza en su regazo.

—Te espero afuera –dejó Leo en el aire antes de salir.

En la calle una fina capa de niebla había saltado a escena. Leo aplastó con el pie su último cigarrillo cuando el muchacho salió arrancándose el

pasamontañas de la cabeza. A pesar de que el frío no cedía, estaba sofocado. Tenía una sensación que no podía describir y de la que no valía la pena hablar mucho, ni con Leo, ni con el comandante, ni con el tipo de la televisión que meses después vendría a realizar un documental.



*Este libro se terminó de imprimir en Cargraphics,
en el mes de mayo de 2000.*

*La carátula se imprimió en propalmate 240 gramos,
las páginas interiores en propal beige 90 gramos.*

Las fuentes tipográficas empleadas son ZapfHumnst y Bookman Old Style.